

The Library
of the
University of North Carolina



This book was presented
by
The Rockefeller Foundation

1954



00023554208

THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA



ENDOWED BY THE
DIALECTIC AND PHILANTHROPIC
SOCIETIES

F3429.3
.F6
M82



Digitized by the Internet Archive
in 2025 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

ERNESTO MORALES

LAS ENSEÑANZAS

DE PACARIC

EJEMPLOS NARRACIONES

DIALOGOS Y FABULAS

QUICHUAS



"EL ATENEO"

BUENOS
AIRES



LAS ENSEÑANZAS DE PACARIC

OBRAS DE ERNESTO MORALES

<i>Serenamente</i>	Poesías	(Agotado)
<i>Diafanidad</i>	„	„
<i>Un pueblito y su poeta</i>	„	„
<i>Erase una vez...</i>	Cuentos	„
<i>Cuentos a Coca</i>	„	„
<i>El sentimiento popular en la literatura argentina</i> ..	„	„
<i>Leyendas guaraníes</i>	„	„
<i>Leyendas de Indias</i>	En venta	
<i>Estudios incaicos</i>	„	„
<i>Lírica popular rioplatense</i> (Antología gaucha) ..	En venta	

ERNESTO MORALES

F 343.713
-FG
P 33

LAS ENSEÑANZAS DE PACARIC

314

Ejemplos, narraciones, diálogos y fábulas quichuas

“EL ATENEO”

Librería Científica y Literaria

FLORIDA 371 — CORDOBA 2099

BUENOS AIRES

1929

Hecho el depósito que marca la ley. Es propiedad.

Library Univ. of
North Carolina

PACARIC

EL anciano amauta Pacaric, en su juventud había sido haravec. Sus versos volaron de sus labios a los oídos de los cortesanos, guerreros y sacerdotes del gran inca Viracocha, infundiéndoles esperanza en el porvenir del imperio, confianza en la sabiduría y valor del Inca, fe en el Inti, dios y padre, inspirador de Manco Capac y sus sucesores.

Pasado el brío juvenil, Pacaric se retiró de la corte y se refugió con sus meditaciones en los Antis. De allí volvió anciano ya, pero rejuvenecido de sabiduría. Fué amauta. De ahí su nombre: Pacaric significa lo que renace, lo que vuelve, la aurora. . . Cargado de años crueles, de amarga experiencia y de dolorosa sabiduría, ya no echaba a

378365

volar el canto sino que, lentamente, su palabra florecía en la enseñanza del apólogo y en el ejemplo de la fábula.

Reinaba a la sazón el inca Pachacutec, noveno soberano de la dinastía, el que distinguióse por su afición a las cosas del espíritu. Célebres son sus máximas y celebrado el propósito educador con que aumentó las yacha-huasi, o casas de enseñanza. Tanto le preocupó al inca Pachacutec la enseñanza dada en sus yacha-huasi, que mandó levantar dos casas reales a espaldas de ellas, a fin de poder vigilarlas continuamente. Y no era difícil ver al Inca llegarse hasta la clase donde un amauta daba sus lecciones y ponerse a oírlas, o a dictarlas.

No ajeno al don poético que está imagen del Inca denuncia: "El que tiene envidia de los buenos saca de ellos mal para sí, como la araña saca ponzoña de las flores"; placíale muy particularmente asistir a las clases del anciano Pacaric, con cuya enseñanza, mediante apólogos, se había familiarizado en su juventud, cuando en vida de su

padre Viracocha fué concedida al amauta la educación del príncipe real.

Y Pacaric, “lo que renace, lo que vuelve, la aurora”, era nombre simbólico, no sólo para el sabio que lo llevaba, sino para aquellos que, habiéndole escuchado y aprendido de su experiencia, a su vez llevaban sus apólogos y fábulas, a otros oídos, a renacer en otros corazones. Pacaric volvía siempre. Allí donde una palabra buena se hacía acto generoso, renacía la enseñanza del anciano amauta: luz de aurora que vuelve a la tierra, siempre nueva, siempre igual que siglos antes y siempre para cumplir su misma tarea santa: fecundar.

ENSEÑANZAS

DURANTE el reinado del inca Sinchí Roca, vivieron dos amautas (1) de grandes conocimientos, hijos de amauta y hermanos gemelos. Cada cual en su escuela enseñaba idénticamente, pues era común a ambos su sabiduría.

Lo único que los separaba era el carácter: dulce el del uno, austero hasta la hosquedad el del otro. El amauta de bondadoso carácter se llamaba Ñuty; el severo, Pachatequy.

Hablando de ellos, un discípulo tuvo una observación que no debieran olvidar los que a la enseñanza se dedican: Como alguien asegurara que la sabiduría de los hermanos amautas era la misma, el discípulo le refutó:

—¡No! Yo estoy seguro que el bondadoso Ñuty sabe más que el severo Pachatequy.

(1) Filósofo.

—¿Por qué hacéis esta afirmación? — le interrogaron —. ¿En qué os basáis para hacerla?

Y el discípulo respondió:

—En que el bondadoso enseña con dulzura lo mismo que su severo hermano enseña con acritud.

EL HUACO ROJO ⁽¹⁾

EN una región situada en el extremo Sur del

(1) El *huaco* era un vaso funerario. Dada su creencia acerca de la resurrección de los cuerpos, los quíchuas, como los egipcios, rodeaban el cadáver momificado de utensilios y alimentos. Así se han hallado en las tumbas de la costa del Pacífico, principalmente, a causa de la sequedad de su clima, innumerables cuerpos en notable estado de conservación y objetos de alfarería, *huacos* sobre todo, con sus dibujos y pinturas inalterables. Estos han prestado servicios óptimos a la etnografía, pues los hombres, animales, escenas, divinidades, aparecen como constantes motivos de decoración. Y aun rastros de las civilizaciones preincaicas de los yuncas se pueden encontrar en estos *huacos*. Se distinguen ellos notablemente, según procedan del Norte o del Sur del imperio.

Los artesanos del Norte, llenos de preocupaciones artísticas, hicieron sus *huacos* dándoles formas humanas o de animales, generalmente cabezas. Están éstas modeladas con habilidad y, bastantes veces, realizadas de modo admirable. Los tipos que sirvieran de modelo y hasta los diversos momentos de ánimo — cólera, alegría, miedo — están en ellos reflejados. Los alfareros del Norte, llevados por su afán escultórico, olvidaban el fin del *huaco* hasta el punto de que la utilidad

imperio, gobernaba Huarac, cruel curaca (1) que aun no había sentido el influjo de los hijos del *Inti*. Era en los tiempos del reinado de Viracocha. El Inca aun no llevara hasta allí su gobierno moderador. Le estaba reservada a su hijo Pachacutec tal hazaña.

Entre los súbditos del cruel curaca había un hábil alfarero. Sus *huacos* realizábalos con sobriedad y belleza. Rico de imaginación, el alfarero los de-

de él queda subordinada a la forma. El placer estético prima sobre el objeto mismo, y éste llega a ser un pretexto para que el artista anónimo cree con un claro sentido realista bellas reproducciones de la naturaleza. Este hecho se presentaría como único en las civilizaciones aun en formación, como lo fué la incaica, pero no hay que olvidar que en el mismo sitio donde floreció, muchos siglos antes, otros hombres realizaron obras tan estupendas como lo dejan presentir las ruinas de Tiahuanaco. Los incas del Norte, pues, fueron herederos, aun que sólo de una mínima parte, de aquella civilización desaparecida.

En el Sur, en la región de Nazca, los *huacos* son sencillos y obedecen por su forma al fin a que estaban destinados. Todo su valor artístico se concentra en las pinturas que los ornan. Son éstas, dibujos estilizados de pájaros, hombres o animales fantásticos, en colores vivos, sobre un fondo ocre o gris.

Entre estas dos escuelas de arte existían gamas intermedias que, faltas de personalidad, se presentan menos interesantes por lo híbridas.

(1) Gobernador, Jefe.

coraba con aves y animales arrancados a su fantasía: *uturuncos* con alas de *cúntur*, o serpientes con cabeza humana, o *vicuñas* con garras de *puma* y cola de *guacamayo*.

El curaca mostrábase satisfecho y orgulloso de su alfarero.

Mas quiso la desdicha de éste que un *chasqui* (1) del Inca, apresado por sus guerreros, al ver los *huacos* del curaca, mostrase su desdén. Y habló de los que en las regiones del Norte se modelaban: no en tierra parda, sino en arcilla roja como sangre, y no en formas simples de vasos, sino en estructuras raras, de animales u hombres.

El curaca, lastimado por el desdén del *chasqui* hacia su tesoro de *huacos*, llamó al alfarero y le ordenó hacer uno que superase a los que el *chasqui* había visto. Debía ser rojo y tener la forma de una cara llorando.

El artesano creyó morir ante esta orden. ¿Cómo ejecutarla? Y se puso al trabajo. Fracasó siempre. Sus combinaciones de arcilla sólo le dieron una de color negruzco, y la que el curaca exigía debía ser de un rojo intenso como el de la sangre

(1) Correo del Inca.

humana. También tropezaba el alfarero con el modelado, al que no concluía de dar la forma de una cara que llorase. Hizo muchos *huacos*. El curaca los mostraba al *chasqui*, y éste, siempre desdeñoso, sonreía. . .

Colérico por el fracaso de su artista, el curaca lo amenazó: si no realizaba un *huaco* tal que admirase al *chasqui*, lo haría ahorcar a él, a sus padres, a su mujer, a sus hijos; quemaría su casa y hacienda e impondría dura servidumbre a todos sus parientes y amigos.

Ante esta amenaza, que el cruel curaca realizaría, el alfarero desesperóse. Si sólo su vida peligrara, no hubiese intentado más; pero veía la angustia de sus allegados, inocentes de su torpeza de modelador y que a él se confiaban. Intentó combinaciones de arcillas y colores; nunca obtuvo el rojo deseado. Copió la faz de su hija, a la que su propia mujer castigaba para que llorase; no consiguió la expresión anhelada.

Consultó una *huamuni* (1).

Esta le respondió:

(1) Adivina. La brujería, en todas sus formas, desde la astrología hasta el curanderismo más absurdo, se hallaba muy extendida en todo el imperio y sus regiones adyacentes.

—Para obtener el color rojo que deseas, debes sacrificar un ser humano; con sus cenizas, mezcladas a la arcilla, modela el *huaco*. Y hazlo morir sufriendo. De este modo el *huaco* que models tendrá la expresión de una cara llorando.

El alfarero regresó a su casa desolado. ¿A cuál de los suyos sacrificar? La mujer y la hija ofrecíanse para salvar con su muerte a los restantes de la familia. El alfarero hubiese querido morir él; pero si él se sacrificaba, ¿quién hacía el *huaco*? ¿Suicidarse? El curaca, sintiéndose burlado, ¿no cumpliría su amenaza y mataría o reduciría a servidumbre a los suyos?

En estas cavilaciones se hallaba, solo en su taller, rodeado de las tentativas de sus *huacos*, hundido en sus desesperados pensamientos, cuando oyó pasos cercanos. Levantó la cabeza y espantóse de lo que veía: junto a él se hallaba un hombre que parecía él mismo.

—No te asustes — díjole éste, y su voz era exactamente la suya —. He venido para salvar a tu mujer, tus hijos, tus padres y tus amigos amenazados por el cruel Huarac. A ti no podré salvarte. Tú tienes que morir, para con tu muerte ser ejemplo de los tuyos y librarlos de la idolatría

en que viven. Yo soy el *Inti*, padre de los incas que no tardarán en llegar a esta región a apoderarse de ella. Yo he tomado una forma humana igual a la tuya, para salvar a inocentes amenazados y castigar al curaca. En cambio, sólo exijo que todos los que voy a salvar abandonen la idolatría en que viven.

El alfarero lo prometió así. Lo prometieron los suyos también, y, delante de todos, después de despedirse gozoso de ellos, que lloraban, hundióse la cuchilla en el corazón. Los parientes quemaron el cadáver. Sus cenizas fueron mezcladas con arcilla, y el *Inti* comenzó a trabajar. Poco después quedaba concluído el *huaco*. Tan rojo era como la sangre recién brotada de la herida, y su forma reproducía maravillosamente una cara llorando.

El *Inti* se presentó ante el curaca. Ni éste ni sus guerreros pudieron reprimir un grito de asombro ante tanta perfección. Y el *chasqui* prisionero confesó también que nunca había visto entre los *huacos* de los artífices incas, ninguno más rojo que ese ni que tuviera una expresión de dolor más intensa. Esta confesión halagó tanto al curaca que, dándole la libertad, díjole:

—¡Vete! Y vete a decir al Inca que el curaca

Huarac posee artífices más hábiles que los suyos.

Pero el *chasqui* no pudo llevar tal mensaje: al salir cayó muerto, como si hubiese sido fulminado por un rayo.

El *Inti*, entonces, levantó el *huaco* rojo y lo puso en las rodillas de Huarac. En el mismo momento el *huaco* se convirtió en sangre, pero en sangre hirviente que, abrasando al curaca, lo quemó, muriendo presa de inauditos dolores.

Sus guerreros se volvieron al alfarero: había desaparecido. Lo buscaron en su casa, y allí los parientes narraron lo que ocurriera: cómo el *Inti* había tomado su forma y modelado él, en presencia de todos, el *huaco*.

El hijo de Huarac, su sucesor, admirado, dejó la idolatría e hizo que su pueblo también la abandonase.

Y fué así cómo, cuando el inca Pachacutec, dilatando sus conquistas, al llegar a aquella remota región del Sur, maravillóse de hallar un pueblo que adorase, como los quichuas, al *Inti*, padre de las cosechas, creador de la luz cuya caricia fecunda produce la vida y hace posible toda la belleza.

EL SACRIFICIO

UYARIK, discípulo del amauta Pacaric, presentóse una tarde a éste, desesperado y lloroso.

—Maestro — díjole —, mi madre se muere. He venido a consultarte. Pienso sacrificar una llama pidiendo por su vida a *Illa Tici Viracocha*.

—No lo hagas — respondió Pacaric.

—¿Por qué, maestro?

—Tu sacrificio ofenderá a *Illa Tici Viracocha*. Porque si es el dios supremo de todo y todo lo ve, no necesita que le recuerdes, mediante un sacrificio, lo que debe hacer. Esto es suponer que él no está viendo lo que te pasa. Además, le sacrificarías una llama que es de él, por ser *Illa Tici Viracocha* creador y amo de todo. También lo ofenderías suponiendo que, a cambio de una llama, él va a torcer el destino que está señalado a tu madre.

No hagas ese sacrificio, Uyarik.

LA SOBERBIA

LA soberbia brilla como la luz; a veces deslumbra a quienes miran al soberbio; pero quien más ciego y deslumbrado por esa luz se halla, es el propio soberbio. Además, la luz de la soberbia no es luz que fluya de nosotros mismos, sino que es luz exterior, luz que reflejamos. La soberbia es como una vestidura de metal: si el sol da sobre ella, resplandece.

Esto que os voy a contar, ocurrió bajo el gobierno de Viracocha, glorioso salvador del Imperio contra los chancas rebelados. No en vano el inca Sinchi Roca, fundador de la primera *yacha-huasi*, dejó dicho en una de sus prudentes máximas: “Los hijos de labradores, alfareros y otra gente común, no deben aprender las ciencias, las cuales pertenecen a los que por ellas no se ensoberbezcan y amengüen el Imperio”.

El haravec (1) Mayu era hijo de un artesano de remota provincia. Desde niño mostró tales disposiciones, que el curaca de su región hízole asistir a una *yacha-huasi*, donde perfeccionó sus condiciones naturales para aprender, meditar y transformar en armoniosos versos lo aprendido y meditado. Con el joven haravec Mayu, se cumplió lo temido por el Inca: la soberbia posesionóse de él, y lo cegó. Cuanto más su talento resplandecía en las fiestas donde se cantaban sus versos, más el joven Mayu ensoberbecíase y cegábase.

Y no era malo. Bondadoso hijo, diligente servidor del *Inti*, sólo necesitaba que el desengaño lo aleccionase, desgarrando la brillante vestidura de soberbia con que su talento cubría las nobles virtudes de su espíritu.

Ahora regresaba del Cuzco. Habiendo asistido a la fiesta de *Uma-Raymi*, en ella había descollado entre todos los haravecs.

Otros cantaron a la Naturaleza y sus frutos, al poderío del Sol padre y la fecundidad de la madre Tierra; a él habíale tocado hacer el elogio de las hazañas de Viracocha, cuando aun era príncipe y

(1) Poeta oficial del imperio.

se llamaba Inca Ripac. El joven haravec, gozábale en recordar su triunfo, del cual volvía a su provincia cargado de mercedes y vítores, aunque brillando de vana soberbia.

Para aligerarse el camino y halago de sí, Mayu iba recitando sus propios versos. Y al final de cada estrofa volvía a sentir los goces experimentados cuando ante el Inca y sus señores principales, los recitara con aplauso de todos.

Ibase recitando la estrofa final, cuando se oyó interrumpido y miró: era un anciano de mísero aspecto el que lo saludaba. El ensoberbecido haravec no respondió a su saludo. ¡El, que acababa de obtener loores del Inca, sus más encumbradas *ñus-tas*, sus más sabios amautas y *quipocamayos*, sus más renombrados haravecs!

Recordaba ahora que allí cerca vivía el viejo haravec Kaspikoo, célebre en la corte de Yahuar Huacac, y que había caído en desgracia cuando abdicara su señor. Decidió pernoctar en su casa, adonde seguramente ya había llegado el nombre de Mayu, el nuevo haravec. Y se dirigió a ella. Sólo encontró a la esposa del anciano haravec; éste había salido, aunque pronto regresaría. Mayu díjole quién era él, y la anciana lo acogió sobremanera

gozosa. Ya había llegado allí la fama del joven haravec. Lo invitó a comer, le brindó *acca* (1).

Aguardando estaba el joven haravec, cuando la anciana dijo:

—Aquí está Kaspikoo.

Mayu miró, y la sorpresa primero, la vergüenza después, se pintaron en su semblante: frente a él tenía al anciano cuyo afectuoso saludo se negara a responder en el camino.

Kaspikoo sonrió y, como si no reparase en que quien tenía de huésped, respondiendo a un nombre afamado, era el mismo de quien acababa de recibir una humillación, acogióle cordial y regocijado. Alabó sus triunfos, hasta recitóle algunas estrofas que un amigo *quipocamayo* le enviara desde el Cuzco.

Mayu se encontraba cohibido y turbado. No escapó esto al experimentado Kaspikoo, y se regocijó de que el joven sintiera tales sentimientos. Revelábase así que su soberbia no era esencial en

(1) Bebida resultante de la fermentación del maíz. Más comúnmente se la conoce con el nombre de *chicha*, nombre traído de las Antillas por los conquistadores, pero no es el verdadero, con el que se conoció a tal bebida entre quichuas y aymaraes.

su espíritu, sino una pasajera embriaguez. Y decidió aleccionarlo.

Al quedar solos, puso cordialmente su mano en el hombro del joven haravec y le habló así:

—Hijo: sé lo que pasa en ti. Tu fama te trastorna. Esta turbación en que te hallas, me demuestra que no eres malo, y sí sólo que aun no eres digno de tu triunfo. Tu habilidad de haravec está aún por encima del valor de tu espíritu; por eso te ensoberbece. Ya llegará la vida cruel a enseñarte lo efímero del triunfo. En mí tienes el ejemplo. Yo he sido el más famoso y celebrado haravec de la corte. ¿Qué soy ahora?. . . ¡Un pobre viejo que no merece ni el saludo del joven desconocido que pasa a su lado!

Mayu sintió que lágrimas de dolor lo lavaban de su tonta soberbia, y que la luz comenzaba a hacerse en él; la luz de la sabiduría, la que nace en lo hondo del alma y cuyo rayo primero se llama humildad.

LA DESGRACIA

EN tiempos del inca Capac Yupanqui, enseñaba en el Cuzco un amauta llamado Uriku. Solía este amauta salir con los ejércitos del Inca y enseñar en las regiones conquistadas, inaugurando las nuevas *yacha-huasi*, fundadas para introducir la verdad entre las naciones que iban a dejar de ser bárbaras, porque iban a recibir la sabiduría del *Inti*. (1).

Tanta fué la fama de Uriku, que un curaca

(1) El poderío del imperio inca fué una obra estupenda de colaboración en la que empenóse toda una casta apoyada en un pueblo laborioso. Pero esa casta veíase admirablemente representada en sus soberanos. La historia de todos ellos se asemeja: guerreros y sabios a la vez, supieron dilatar el imperio y gobernarlo en la paz, mediante una prudente política de asimilación, todo lo contraria a las brutales conquistas de los aztecas.

Capac Yupanqui, quinto soberano de la dinastía, fué uno de los que más lograron en aras del poderío incaico. Tam-

de una nación aun no conquistada, la de Cochapampa, lo mandó llamar.

Otras veces, Uriku había enseñado en naciones que no pertenecían al Inca; pero esta vez se negó a ir.

Al cabo de un tiempo, el curaca de Cochapampa se vió vencido por los ejércitos del Inca y, como se rebelara, fué desposeído de su gobierno.

Triste por su desgracia, dolorido por el recuerdo de su perdida grandeza, hallábase el prisionero. Entonces, Uriku se le presentó a hablarle.

—¿Por qué vienes ahora — le preguntó el curaca —, ahora que me hallo así como me hallo, habiéndote negado a ir antes, cuando te llamé a mi corte, cuando era poderoso y feliz?

bién fué uno de los monarcas que más prendas de espiritualidad dió en su larga vida. Su habilidad para la oratoria queda demostrada en la anécdota con que inauguró su reinado. Parece que su elevación fué resistida por numerosos príncipes, sus hermanos bastardos. Capac Yupanqui los reunió y supo dirigirles la palabra con tanta elocuencia que su antiguo rencor trocóse en adhesión a su persona. Más aún, su hermano Tarco Huaman que pretendía el gobierno, fué nombrado por él curaca y colmado de beneficios. Y ahogó así una rebelión mediante la armonía. Si Huascar, su último sucesor, hubiese adoptado tal medio para conformar a Atahualpa, en vez de la crueldad empleada, quizá otro hubiese sido el resultado de la empresa española en el fuerte imperio incaico.

—Porque ahora — respondió Uriku — podrás comprenderme. Antes sólo querías oirme por curiosidad. Ahora me necesitas; por eso he venido a hablarte. La desgracia es un abono que del desierto más estéril hace una tierra feraz. Ahora voy a hablarte, y la semilla de mi palabra echará raíces en tí. Antes, siendo feliz y poderoso, eras como si fueses de piedra. ¿A qué iba a arrojar mis enseñanzas sobre la piedra? ¡Hay tantos que son como tierras feraces y que las ansían! Y no tengo derecho de malgastar el tesoro que *Tici Viracocha* me ha dado. Ahora que él abonó con desgracia tu vida, puedo arrojar en tí un puñado de ese tesoro.

Así respondió el amauta Uriku al curaca prisionero, y comenzó a enseñarle.

La fama de Capac Yupanqui, como justiciero y prudente, fué tanta que dos caciques de Collasuyu, rivales por tradición, aún desde antes que Manco Capac fundara el imperio del Cuzco, decidieron anteponer sus diferencias al Inca y someterse a él. Porque la historia de las conquistas de Capac Yupanqui, aunque muchas fueron sus hazañas guerreras, presenta la singularidad de que fué realizada mediante una habilísima política de penetración y sugestión, valiéndose de las provincias conquistadas para impresionar a las que pretendían retirarse a su dominio. Y en el reinado de Capac Yupanqui no hubo rebeliones, como en el de otros incas.

Innumerables son los hechos que denuncian la serenidad de su juicio, logrado junto a los amautas y haravecs del Cuzco imperial.

EL MARAVILLOSO TALISMÁN

ERA una misteriosa caverna. Moraban en ella voraces monstruos, criaturas del *Hucu-pacha* (infierno), engendros de *Supay*.

Fluían de ella hedores, gañidos, luces que infundían pavoroso recelo en la comarca. Por la noche, ¡pobre el *chasqui* o el *llamamichi* que, ignorando la caverna misteriosa, pasaran cerca! Desaparecían. . .

Una mañana, una luminosa mañana en que el padre *Inti* brillaba esplendorosamente, un joven se presentó en la comarca. Dijo:

—Voy a entrar en esa misteriosa caverna.

Aquel joven era hermoso como la nobleza, alto como un bello pensar, fuerte como el valor. Las mujeres se interesaron por él:

—¡Ay!, que las criaturas de *Supay* lo martirizarán.

—¡Iré!

—¡Ay!, que lo van a devorar los monstruos.

—¡Iré!

—Inexperto joven — arguyó un hombre ya canoso — todos hablan de muchos que bajaron a esa caverna, pero nadie dice que jamás, ¡nunca jamás, regresara ninguno.

—¡Iré!

Ante tal obstinación, le dejaron ir a que se realizase su destino. Todo el pueblo lo acompañó hasta las vecindades de la temida caverna, en la que el desconocido joven se internó solo y desarmado. Después, le vieron desaparecer. . .

De improviso, dando traspiés, cegado por la luz del sol, vacilante, apareció un monstruo, luego otro, y otros... entorpecidos, aullantes. Quién hociqueaba como extraviado, quién intentaba caminar, quién saltaba ciego para ir a despeñarse en los abismos.

Los que al ver el primer monstruo huyeron, repusieronse y, armándose de un supremo valor, arremetieron contra aquella multitud que se dejaba matar a palos y pedradas sin oponer más que baladros de dolor y anhélitos de agonía. . .

Muertos los monstruos, esperaron a que apare-

ciera el joven forastero. Por fin lo divisaron, sereno y sonriente. Rodeáronle todos, todos inqui-
riéndole. Y él explicó:

—Llevé un talismán, infalible contra los mon-
struos de la sombra.

Quisieron ver, deseaban conocer la potencia de
aquel maravilloso talismán que pudo hacer huir,
cegada y despavorida, la negra muchedumbre de
los monstruos. El joven, mostrando una minús-
cula caja, la abrió:

Y surgió de ella, manso, tenue, sutil, ¡un ra-
yito de luz!

QUISPE

EN tiempo de Mayta Capac, vivía el amauta Quispe, renombrado por su gran sabiduría. De su *yacha-huasi* salieron numerosos amautas y haravecs que, más adelante, obtuvieran renombre de sabios. Pero Quispe no admitía a todos los que se presentaban en su escuela demandando sus enseñanzas. Los sometía a examen. Era éste un extraño examen, porque era a la inversa de los demás: No era el amauta quien interrogaba al joven solicitante, sino éste al amauta. Quispe avaloraba a los hombres, no por lo que sabían, sino por lo que anhelaban saber. La sabiduría — aseguraba él — reside en nuestra curiosidad, no en la muchedumbre de nuestros conocimientos.

Y no se equivocó. Pudo así escoger a los más inteligentes y sembrar en ellos la semilla de sus reflexiones y experiencias, sin temor de que cayesen

en terreno duro de incomprensión, hostil de vanidad . . .

Quispe dejó dicho: Si quieres saber lo que sabe un hombre, interrógalo. Si quieres saber lo que sabrá un hombre, haz que él te interroque a tí.

Como ~~am~~auta ejemplar, a Quispe no le interesaba lo que su alumno podía saber, sino lo que él podría enseñarle. Su videncia traspasaba la ilusión del presente para llegar a lo verdadero: el futuro.

LA VENGANZA

Os voy a narrar — dijo Pacaric a sus jóvenes alumnos — un hecho que ha de mostraros cómo la venganza puede dañar al mismo que la ejercita. Y esto os puede enseñar también a vosotros que sois jóvenes, poseídos por las pasiones de las cuales se usa la venganza como de agudas flechas; os puede enseñar que la venganza, como placer que es, es enemigo del mismo hombre que la goza.

Más que vengarnos de quien nos hizo mal, debemos dejar a *Pachacamac* esa tarea, porque esa es tarea que sólo a él le incumbe, y no a ningún hombre, ni aun al dañado. Porque puede ser víctima de su propia venganza. Esto fué lo que le ocurrió al *suyuntuy* por querer vengar la afrenta que le infirió el *uturunco* (1).

(1) El *suyuntuy*, ave carnícera de color negro, según el padre José de Acosta, es del género de los cuervos.

Un *suyuntuy* acababa de devorarse casi entero el cadáver de una *vicuña*. Ahita el ave, vió de pronto que un *uturunco* se aproximaba, y quiso huir. Pero en tales condiciones, el *suyuntuy* no puede levantar el vuelo y se ve precisado a correr torpemente. Mientras corría, según es habitual en estas aves, iba el *suyuntuy* vomitando la carne tragada, a fin de aligerarse de ella y poder volar.

Pero el *uturunco*, ágil, no le dejó realizar lo que intentaba y, cayendo sobre él, lo atrapó de un ala. Imploró por su vida el tembloroso volátil, pero el *uturunco* le explicó, entonces, por qué lo perseguía: No deseaba matarlo.

—Tu carne es dura y fea — le dijo —; no te perseguía para devorarte. Me ocurre que acabo de comerme un *guanaco*, y en el apresuramiento, porque temía que los pastores me hubiesen visto, se me atravesó un hueso en la garganta. En vano he querido arrancármelo. Te ví y pensé que tú, con tu pico, podrías sacármelo. Hazlo, que te recomendaré.

En el imperio incaico estaba prohibido matarla, pues como es animal que devora todos los desperdicios, se la usaba para librar de ellos a las calles de la ciudad.

Uturunco es el tigre.

—¿Qué me darás? — se atrevió a preguntar el *suyuntuy*, siempre voraz y codicioso.

—Andarás conmigo — le prometió el *uturunco* —. Yo cazaré y tú, que no tienes fuerzas para ello, comerás de lo que yo mate. Sácame el hueso.

Se acabó de aligerar de los restos de su última comida el *suyuntuy*, metió pico y aun cabeza y cuello en las fauces del *uturunco*, forcejeó y, por fin, libró a la fiera del hueso que la atragantaba.

Ya libre, el *uturunco* dijo:

—Adiós — y le dió la espalda.

Voló el *suyuntuy* al árbol más próximo y, ya en él seguro, se atrevió a protestar:

—¿Cómo adiós? ¿No me habías prometido andar conmigo y recompensarme dándome de lo que tú cazaras?

—¿Por quién me has tomado, feo avechucho? — le respondió el *uturunco*, despreciativo —. ¿Yo andar contigo? ¿Qué pensarían los *pumas* y aun los *cúntures* de verme con semejante amigo!

Y se fué.

Quedó el *suyuntuy* amargado por la ingratitud y el desprecio del otro. Y pensó vengarse.

—No pararé — se dijo — hasta comerle el corazón.

Desde ese día no perdió de vista al *uturunco*. Siempre detrás de él, a prudente distancia, y por los árboles; pero sin dejar de avistarlo, y más poseído siempre de su deseo de vengarse.

Al fin le llegó la ocasión. Faltaba la caza y, contra su costumbre, el *uturunco* se vió obligado a comer de lo que encontrara. Halló un *guanaco* muerto y comió; pero estaba envenenado, puesto allí como cebo, y el *uturunco* no tardó en morir.

Llegó el *suyuntuy* y vió a su odiado *uturunco* tirado y rígido. No pensó más que en cumplir su deseo de venganza, devorarle el corazón, según a sí mismo se lo prometiera. Y se posó en él, rasgó su pecho a picotazos; pero no pudo más: el veneno paralizó sus fuerzas, enfrió sus ímpetus, y el vengativo *suyuntuy* cayó, muerto también, junto al cadáver del *uturunco* tan odiado.

Pachacamac lo castigó por querer ir más allá de sus designios; por querer realizar su venganza cuando él ya había dado justo castigo a los desmanes y crímenes del *uturunco*.

LOS PACHAMPIES

EL *pachampí* es un pajarillo insignificante al parecer. Sin garras y sin canto, aunque sí muy valiente, presenta la particularidad de vivir en común. En un solo nido, separado en celdas, habitan doscientos y aun trescientos pajarillos. También los une un hondo sentimiento de hermandad. Cuando un pájaro grande, sea éste un *cúntur* o una *anca* (1) — aves de rapiña — ataca a uno de ellos, toda la comunidad sale en su defensa. Es de este modo que los *pachampíes* constituyen el ave más fuerte, pues ni el atrevido *cúntur* ni la *anca* rapaz se atreven a luchar contra tantos, y huyen.

Este noble sentimiento de hermandad que los hace tan fuertes — cuenta la tradición — no lo

(1) *Cúntur*: Cóndor. *Anca*: Aguila.

tuvieron siempre. Fué el anhelo de venganza el que condujo a uno de ellos a unirse con otros y constituir la comunidad.

Un *guaraguao*, ave de rapiña muy ladrona y fuerte, anidaba cerca de los *pachampíes* y se cebaba en ellos. Cierta vez le comió los polluelos y la hembra, a uno que en su desesperación buscó la ayuda de sus congéneres. Muchos de éstos tenían a alguien que vengar del *guaraguao* y, gustosos, se unieron, lo buscaron en su propio nido y consiguieron matarlo.

Desde entonces — la tradición no dice cuándo ocurrió esto, pero sería antes que el glorioso Manco Capac fundase el Imperio —, desde entonces, se hizo instinto en los *pachampíes* vivir en común, y constituyen el ave más fuerte y temida. La fraternidad les ha dado el valor y la audacia que la naturaleza les había negado a cada uno.

Y como se unen para defenderse y no para atacar, ellos son amigos y no cómplices.

LA VERDADERA MUERTE

Os voy a narrar una respuesta que dió Pisko, hombre sabio.

Tenía un hijo único a quien amaba entrañablemente. El joven demostró singulares aptitudes que lo señalaban para un elevado destino. No fué así, sin embargo. *Pachacamac*, que todo lo puede y todo lo sabe, no quiso que el joven llegase a cumplir el destino elevado que sus aptitudes le señalaban. *Pachacamac* sabía por qué no quiso.

Y el joven murió. En el primer combate al que hubo de asistir, se sacrificó valientemente por salvar la vida de otro guerrero.

La madre, los parientes, los amigos, todos lloraban su muerte. Pisko, no. Y era quizás quien más lo amara, porque lo amaba en su carne de hijo y en su inteligencia de discípulo. Era, además, la flor de su esperanza. Si quedaba un poco de or-

gullo en el corazón de aquel hombre sabio, ese poco de orgullo se mantenía por la esperanza en aquel hijo depositada.

Pisko no lloró. Resignado, aceptaba así la decisión de *Pachacamac*: llorar hubiese sido rebelarse contra sus designios. Y esto no cabe en un hombre verdaderamente sabio.

Pero hubo quien se asombró de ver que Pisko no lloraba, e interrogóle:

—No te he visto llorar por la muerte de tu hijo. Y sé que lo amabas. Sé que el último aliento de tu orgullo respiraba por él. Su muerte ha marchitado la última flor de tu esperanza de anciano. ¿Por qué no lo lloras, entonces, como todos lo lloramos?

Respondió Pisko:

—Vosotros amábais su cuerpo. Yo, más que a su cuerpo, amaba su virtud. Su virtud no ha muerto, por eso no lo lloro. Si él no hubiese sabido morir por ella, ella hubiese muerto; entonces yo hubiera llorado, aunque el cuerpo de mi hijo estuviese ante mí, vigoroso y animado. Morir no es caer para no levantarse. Morir es no saber morir por la virtud. Perderla a cambio de la vida fugaz del cuerpo, esta es la verdadera muerte. Mi hijo

no ha muerto. Descansa, nada más. Yo lloraría su cuerpo que ya no he de ver, pero el pensamiento de que ha sido tanta su virtud que por ella no ha dudado en sacrificar su vida, me produce un júbilo tan grande que limpia de llanto mi corazón.

SOCIEDAD

LA caza era cada vez más difícil. Los hombres acababan de realizar un *chacu* (cacería anual) y los animales de presa se veían arrojados de sus bosques, lejos de *vicuñas* y otras víctimas habituales. En estas circunstancias, un *puma* hambriento hizo sociedad con un *alcamari*. Este debía descubrir el sitio donde veía una presa; el *puma* la inmolaría, cediéndole la mitad en pago de su descubrimiento.

Aceptó el *alcamari*. Se elevó alto y cuando bajó trajo al *puma* la nueva del sitio donde divisara un venado. El *puma* cayó sobre el indefenso animal y lo asesinó. Después, dividiéndolo en dos partes, dijo:

—Esta parte es para mí. Y esta otra también para mí.

El *alcamari*, que se había acercado a comer, voló

sobre un árbol y desde allí, fuera del alcance del *puma*, protestó:

—Faltas a lo establecido. La mitad era para mí.

—Así es; pero tú me la cedes en agradecimiento, por deberme la vida.

—¿Y yo por qué te debo la vida?

—Porque cuando estuviste aquí, en tierra, a mi lado, no te comí pudiendo haberte devorado. ¡Es preciso no ser ingrato, amigo *alcamari*! —
Y el *puma* comenzó a desgarrar su presa.

El *alcamari* se alejó jurándose no hacer nunca sociedad con seres de zarpas y colmillos tan agudos como su mala fe.

LA INTEMPERANCIA

CAPAC Yupanqui, estando en guerra, cuidaba de que sus soldados fuesen temperantes. “La intemperancia es como un lento morir”, dice un antiguo *quipu*. Y en los descansos, un haravec de los que siempre lo acompañaban en sus guerras o en sus frecuentes visitas por el imperio, narraba este apólogo:

Vagando por la tierra, en forma de *uturunco*, *Supay* se clavó una espina en una pata. Cuando toma una forma de animal, *Supay* pierde sus poderes y así, sentíase dolorido y aullaba. En estas condiciones lo encontró un viejo, sacerdote en una tribu, porque esto ocurrió mucho antes que a esas regiones llegaran los guerreros del Inca. Este viejo poseía el secreto de curar: conocía el don de las hierbas y el poder que de sus combinaciones emanaba; pero actuaba en una tribu de hombres sobrios

en los que su ciencia poco empleo tenía. Y el viejo encontrábase así olvidado, casi desdeñado por los suyos. Mediante sus conocimientos, sacó la espina de la pata del *uturunco*. Este, entonces, adquiriendo su verdadera figura casi humana, con patas, cola y cuernos de bestia, le dijo:

—¡Soy *Supay* todopoderoso; pídemelo lo que quieras!

El viejo le impuso de su mísera condición en la tribu, por causa de que sus conocimientos no se necesitaban.

Supay, vehemente y terrible, propúsole:

—¿Quieres que mande una peste y los mate a todos? ¡Tengo poder para hacerlo!

—No — respondió el viejo —. Yo sólo ambiciono que necesiten de mi ciencia. Quiero vengarme de ellos humillándolos, nada más. Hazlos intemperantes.

Lo hizo así *Supay*. Y las enfermedades comenzaron a hacer presa en aquellos hombres, antes fuertes.

El viejo adquirió preponderancia sobre ellos que ahora solicitaban sus hierbas y sangrías. Tan- ta preponderancia, que el mismo cacique le rindió homenaje. Todos vivían como muriendo, y el

anciano poseía el secreto de prolongar sus miserables existencias de intemperantes, presas bajo las garras del dolor. El poder de éste, se hallaba en los vicios de los hombres, no en él.

LA ARMONÍA

EL gran Pachacutec sabía que la guerra engrandece los dominios, pero que si a éstos no se lleva el espíritu vigorizado, pronto acaban por rebelarse y desmembrarse. Así, puso especial ahinco en fundar y propagar escuelas que fuesen nidos de sabiduría. Los amautas ocuparon un sitio de privilegio en el alma de aquel noble príncipe.

El amauta Upallay era el hombre más sabio del imperio. Esto lo comprendía el príncipe, y siempre tuvo hacia él un afecto especial. Hallábase una vez el Inca, según tenía hábito, leyendo algunas de sus leyes en una escuela. Asistían príncipes, sacerdotes y guerreros. De súbito, no leyó más. Había visto, en el fondo del salón, sentado en uno de los últimos sitios, al amauta Upallay, humilde y atento.

Pachacutec fué hacia él y lo hizo sentarse en

uno de los primeros sitios, para lo cual hubo de desalojar a un príncipe de su familia.

Y explicó Pachacutec, dirigiéndose a los príncipes, sacerdotes y guerreros:

—Upallay no es noble ni ha ilustrado su vida con hazañas memorables. Sin embargo, este es su sitio, junto a mí, y no entre los últimos, adonde su propia humildad se condenaba. Vosotros sois más que él en el palacio, en el templo o en el campo de batalla; pero aquí, en la escuela, el sitio mejor debe dársele a él. La armonía de la música nace, no de que un instrumento suene siempre y más fuerte que los otros, sino de que cada cual vaya sonando al corresponderle; y de que algunos callen, cuando deban callar. La vida es música. Y creo darle armonía, al hacer que aquí, en la escuela, todos reconozcáis la primacía que el amauta Upallay tiene sobre vosotros. Aquí, su voz es la que debe levantarse por sobre la de todos. Y todos, si amáis la armonía, debéis callaros para escucharla.

EL MÁS FUERTE

Os voy a demostrar la sabiduría del amauta Upallay con sólo narraros la respuesta que dió al curaca Upiskey.

Upiskey gobernaba en una lejana provincia, por lo cual su poderío era más evidente. No había llegado a ella aun la influencia del Imperio. Y Upiskey se sentía orgulloso de sus fortalezas, de sus guerreros y del dominio que ejercía sobre los demás.

Cierta vez, el amauta Upallay acertó a llegar hasta esa lejana provincia. No faltó quien enterase al curaca que el anciano era un sabio hombre al que el Inca distinguía entre todos los amautas. Y quiso asombrarlo. Le mostró sus fortalezas inexpugnables, y sus guerreros más valerosos hicieron proezas ante él. Le narró sus hazañas contra enemigos innumerables y feroces.

—¿Has visto — le preguntó por fin — un curaca más fuerte que yo?

—Sí — respondió el amauta.

—¿Quién es?

—Tu vecino Kalluruy.

El curaca rió despreciativamente.

—¿Kalluruy? Si casi no tiene soldados, pues como gobierna en una provincia no amenazada por los salvajes, como la mía, sólo tiene agricultores en ella. Además, su fortaleza no resistiría el primer asalto de mis guerreros más jóvenes.

—Sin embargo, Kalluruy es más fuerte que tú, porque es virtuoso.

El curaca mirábalo sin comprender. Y el amauta le explicó:

—Todo esto que tú posees: fortaleza, armas, hombres, será vencido.

—¿Por quién?

—Por la muerte. Todo caerá. La virtud de Kalluruy ha de sobrevivirle. Cuando de tus hombres no quede ni el recuerdo, cuando las duras piedras de tus fortalezas sean polvo, la fama de la virtud de Kalluruy resplandecerá más brillante y mas viva. Sólo es fuerte el que es dueño de lo que la

muerte no podrá arrebatárle. No hay hombre más fuerte que el virtuoso.

El curaca no comprendió la enseñanza del sabio; pero ésta no fué estéril. Hubo quienes la oyeron y la recordaron después, cuando el curaca soberbio se vió en la desgracia.

Upiskey llegó a creerse tan fuerte y tanto lo levantó su soberbia, que sublevóse contra el Inca. Fué derrotado y desposeído. En su lugar, el Inca nombró al curaca virtuoso, porque necesitaba asegurarse la fidelidad de la provincia rebelde, y ésta conseguiríase llevando a ella la paz, no la venganza. Y la paz sólo puede darla a los otros el que la lleva en su corazón: el hombre virtuoso.

Upiskey vió así que su fuerza era tan frágil que ni aun tuvo que esperar a la muerte para verla desvanecerse como a cosa efímera.

Y los que oyeron las palabras del amauta Upallay, vieron, a su vez, que la fuerza del virtuoso es tanta que le fué reconocida y recompensada aun antes de que la muerte hiciese de ella un recuerdo imperecedero y luminoso.

LA VERDAD

UN *runa* (1) dijo a otro:

—Acabo de ver un *tapayagin* azul (2).

El otro *runa* respondió:

—El *tapayagin* no es azul, es rojo. ¡Yo lo he visto!

—¡Yo también lo he visto! — argumentó el primero.

Y comenzaron a disputar.

Llegó otro *runa*, el cual, enterado de la causa de la discusión, díjoles:

No discutáis más. El *tapayagin* no es azul ni rojo. Es amarillo.

(1) *Runa*: Hombre.

(2) *Tapayagin* es el camaleón — y ya se sabe su particularidad — cambia de color continuamente. Los indios le llamaban el “amigo del hombre”, por la mansedumbre con que se deja tomar.

Refutáronle los otros, y el tercer hombre se enzarzó en la disputa.

Así fueron agregándose *runas*, y con cada uno que llegaba, un litigante; porque había quienes sostenían que era verde o que era índigo. . .

Se dividieron en bandos y, coléricos, prosiguieron la disputa acerca del color *único* del *tapayagin*, el cual, como la verdad, posee todos los colores.

LOS ENEMIGOS

EL inca Mayta Capac subió al trono de sus mayores animado de grandes ímpetus guerreros. Realizó una primera campaña sujetando la provincia de Tiahuanaco y otros pueblos, entre los cuales los collas le opusieron firme resistencia. Dirigióse después hacia el mar y realizó conquistas en Arequipa y Cuchuna. Encaminóse hacia el occidente, hasta el torrentoso río Apurímac, que lo detuvo. Uno de sus generales, varón prudente, tendió un puente colgante construído de mimbres. La construcción fué tan admirable, que muchos pueblos vecinos sometieron al inca Mayta Capac sin combatir, atemorizados de un poder que venía así a la naturaleza. Este hecho elevó en el ánimo del Inca la consideración de aquel general llamado Quellú, y lo nombró generalísimo de su ejército.

Para ello hubo de destituir a Curicu, que lo era, y de burlar las ambiciones de Huanaquí, general que se creía con derecho a serlo.

Quellú, entretanto, volvió a dar pruebas de sus aptitudes: la nueva campaña del Inca llevó el ejército hacia el despoblado de Cuntisuyu, donde una extensa ciénaga volvió a detenerle. Quellú dió otra muestra de su ingenio, y, sobre la ciénaga, construyó una calzada de piedras por la que pasó el ejército, sorprendiendo a los enemigos. Tal obra volvió a tener la virtud de admirar a las naciones vecinas, que se sometieron al Inca.

Vuelto al Cuzco, Mayta Capac dedicóse a legislar. Y Quellú quedó ocupando su puesto, que le daba singular preeminencia en la corte.

Llegaron entonces al Inca rumores de que su favorito Quellú ideaba una conspiración a fin de hacerse dueño de las provincias conquistadas. Pero Mayta Capac no lo creyó. Por el contrario, llamó a su general y lo enteró acerca de la conspiración que se le suponía.

Quellú, inocente, comenzó a protestar contra la calumnia.

—Calla — le dijo el sabio Inca —. No necesitas justificarte. Sé que no eres culpable. Te he

llamado nada más que para enterarte de que en la corte tienes dos enemigos. Ellos te desean todos los males, entre los cuales el de la muerte sería el menor. Tus enemigos se llaman Curicu y Huanaquí, el general que ocupó tu puesto y el que lo deseaba. De ellos, seguramente, ha partido el rumor calumnioso que te quiere perder. ¡Guárdate de ellos! Porque en Curicu y Huanaquí se esconden dos enemigos terribles para cualquier hombre, dos enemigos capaces de realizar todo mal, por vil que él sea: son la envidia y la ambición.

LA POSESIÓN

UN curaca de los primeros que comprendieron la religión del Sol y acataran la sabiduría y el poder de Manco Capac, tuvo dos hijos, inteligentes y bien inspirados como el padre.

Consagróse éste a cultivarlos y pudo morir satisfecho. Su hijo mayor, convertido en un hábil y valiente guerrero, extendía el poder del hijo del Sol y llevaba su sabiduría a los pueblos bárbaros. Era fuerte y magnánimo a la vez.

Su hijo menor, convertido en haravec, cantaba las magnificencias del *Inti*, las hazañas de sus hijos y auguraba las grandezas a que éstos estaban destinados.

Honores, poder y riqueza tendrían sus hijos. El padre murió satisfecho.

Pasaron años. Las eventualidades de la guerra llevaron lejos del Cuzco al hijo mayor. Tanto

tiempo pasó y tan lejos fué que dejó de oír siquiera el nombre de su hermano menor. Obtuvo victorias, engrandeció el territorio del Imperio y el Inca, en premio a sus servicios, lo nombró curaca de una provincia.

Ya casi anciano, para una fiesta, se le ocurrió visitar al Cuzco, recordar su juventud.

Y buscó a su hermano en la corte. No lo halló. Más aún: en ella casi se le desconocía.

Por fin, un antiguo compañero, le señaló el sitio donde encontraría a su hermano, al pie de la montaña, en el desierto. Fué a verle. Lo halló que habitaba una pobre choza de piedra en la que el viento era huésped nocturno. Vió su comida de frutas y agua. Su lecho mínimo. Tanta pobreza impresionó al hermano rico y poderoso.

—¡Pobre hermano! — díjole. — Yo nunca creí que este fuera tu miserable estado. Yo te hacía un haravec famoso en la corte. Te vendrás conmigo. Yo te daré los honores, la riqueza y el poder que mereces y que no te han dado.

Respondió el otro:

—¿Honores, poder, riqueza? ¡Si yo poseo todo eso!

—¡Hermano, si vives en una miserable choza, con sólo lo imprescindible, en la soledad!

—No importa. Yo poseo honores, poder y riqueza — contestó el otro. — ¡A qué voy a ir a tu provincia? ¡Déjame aquí! Los dos hemos llegado al mismo punto: a la posesión de la felicidad. Tú posees honores, poder y riqueza, adquiriéndolos. Yo los poseo no deseándolos. Hay dos maneras de poseer: apoderándose de las cosas o desdeñándolas. La una es una posesión fugaz que te dura lo que la vida de tu cuerpo. La otra es una posesión eterna, porque de ellas se ha posesionado tu espíritu.

ASTUCIAS

UN zorro había tomado la costumbre de entrar en la casa de un hombre y hartarse de *cuíes* (1). El hombre, desesperado por la inutilidad de sus tentativas para apresar al raptor, ideó envenenar a los *cuíes* que el zorro dejara muertos, sin tener tiempo de devorarlos. Mas el astuto zorro ni se llegaba a ellos, y entre los vivos buscaba las nuevas víctimas de su sangriento festín nocturno.

Al fin, alguien aconsejó al hombre: No había que envenenar a los muertos, sino a los vivos. Lo hizo así, y el zorro apareció muerto a la mañana siguiente.

Contra el astuto, la astucia; pero la mayor astucia está en combatir al astuto perjudicándonos.

(1) *Cuy*, animalito doméstico, mucho menor que el conejo común, y semejante a él.

EL HUAYLLA-HUAMAN Y LA CHINICATARI ⁽¹⁾

UN *huaylla-huaman* de los más hermosos y fuertes, herido en un ala por la piedra de una honda, fué a refugiarse en lo más enmarañado de un bosque.

Allí se lamentaba de su desdichada suerte: Ya no podría volar más, bebiendo azul, por sobre las más altas sierras. Veíase condenado a vivir en aquel bosque, pegado a la tierra, quizás alimentándose de cadáveres. Cuando mucho, ayudado por el ala que aun le quedaba, podría saltar a las ramas de los árboles y permanecer allí, quieto. ¡El, acostumbrado a volar alto!

(1) El *huaylla-huaman* es el nombre quichua del azor, que en tierras del *Inti* los había de hermoso plumaje y singular fortaleza.

La *Chinicatari* es una pequeña víbora ponzoñosa, la que se sube a los árboles para robar pichones de los nidos.

Unā *chinicatari* que lo oía le dijo:

—¿Y por eso te quejas? ¿Y qué más quieres?
¿He hecho yo otra cosa en toda mi vida que eso
de que tú te lamentas tanto?

El *huaylla-huaman* la miró y le repuso:

—Pero tú eres un reptil. Yo soy un ave.

La víbora no comprendió la respuesta.

EL MAMEY Y EL GUCHUY

ELEVABA un *mamey* su corpulenta figura de ancho tronco y amplia copa revestida de verdes hojas. De él sacaban los hombres sombra fresca y ricos frutos que les servían para alimentarse y de cuyos huesos hacían un brebaje medicinal.

Sin embargo, no contentos con tales dádivas, los hombres, armados de gruesos palos, golpeaban el tronco del *mamey*, porque era creencia común que, cuanto más se le golpease, más frutos daría el árbol.

Y un día, habló éste a uno de sus martirizadores:

—¿Por qué me golpeáis? Yo sólo os hago bien. En cambio, al *guchuy*, que sólo os hace mal, lo dejáis quieto, robusteciéndose tranquilamente para poder seguir haciendo el mal.

En efecto, a corta distancia del *mamey*, un *gu-*

chuy levantaba su hermosa copa de hojas color verde oscuro en medio de las que destacábanse sus frutos rojos.

El *guchuy* es árbol de bella apariencia y rica fragancia, pero malo. Su sombra es ponzoñosa, hincha y produce calenturas a quien duerme a su amparo. Sus lindos frutos rojos son malignos, y su jugo venenoso sirve para untar las flechas y hacerlas mortíferas.

El *mamey*, bueno, no comprendía por qué los hombres a quienes él hacía tanto bien no castigaban al perverso *guchuy*, y sí a él.

Volvió a hablar al asombrado hombre que lo había apaleado hasta aquel instante:

—Responde: ¿Por qué me castigáis a mí y no al *guchuy*?

—Porque de él nada esperamos, mientras que castigándote a ti sacaremos más frutos — respondió el hombre, cínicamente franco.

El *mamey* no dijo nada más; pero había pensado con infinita tristeza en la mezquindad del alma humana, capaz, por codicia, de infligir dolor al bueno y respetar al malo por temor a su maldad. Pues al *guchuy*, creyéndosele árbol de *Su-*

pay, (1) se le teme y respeta y aún, en algunas regiones idólatras, se le venera.

Y el *mamey* sacaría en conclusión que, en alma donde la codicia es tanta que puede llegar a la injusticia con el que le hace bien, su cobardía es también tanta que puede alcanzar a la vileza con el que teme y le hace mal.

(1) Supay: El diablo.

LA RESPUESTA DE UNA MAMA SIPA

EN la prudente respuesta que dió una Mama Sipa (1) al inca Lloque Yupanqui, cuando éste era todavía príncipe y aun no había realizado las hazañas que lo hicieran famoso, se encierra una fecunda lección: Ella nos dice que no hay un solo camino para llegar a la perfección, sino que son muchos los caminos que se nos ofrecen. Y toda la sabiduría está en seguir el que nos señalara nuestro destino, realizándolo con voluntad y ahinco.

(1) Las *Mama Sipas* eran una corporación de sacerdotisas y adivinadoras. Su creación parece ser anterior aun a la del imperio incaico. Practicaban métodos de adivinación, como el de la varilla de doble cruz, que se halla en pueblos arianos. Lo cual ha servido para que ciertos autores consideren esto como una prueba más del origen ariano de los incas.

Lloque — llamado así por ser zurdo — era un príncipe grave y meditativo. En vida de su padre, el inca Sinchi Roca, placíale salir del Cuzco y extasiarse en la contemplación de las montañas. En una de sus excursiones, conoció a un anciano que fuera cacique de una de las tribus subyugadas por Manco Capac y que ahora, ya casi ciego, vivía solitario en una choza entre las montañas, dedicado a sus ritos religiosos y a la contemplación de sus recuerdos.

Lloque solía llegarse a conversar con el anciano. Cierta vez le expresó su envidia por la tranquilidad de que gozaba. El cambiaría su lugar de príncipe, agasajado en la bulliciosa corte de su padre, apremiado por obligaciones de todo género; cambiaría, sí, de buen gusto, su lugar por el de un solitario consagrado a la meditación.

— Sólo en la soledad — afirmaba el príncipe — podemos conseguir la sabiduría que nos lleva al dominio de nuestra alma: a la perfección que nos une a nuestro padre *Pachacamac*. Yo tengo la desventura de tener que llegar a emperador.

El anciano quedó mirándolo, y dijo:

— ¡No es así!

— ¿Por qué? — inquirió el príncipe.

—Consulta a una Mama Sipa — aconsejó el viejo.

Lloque se presentó a una Mama Sipā y le expuso las mismas dudas que al anciano manifestara. Ella consultó el *Ichukuni* (1).

La Mama Sipa lo interpretó:

—Príncipe: No debes retirarte a la soledad para hallarte con el espíritu de *Pachacamac*. Estás en el buen camino. ¡Síguelo! Tú debes ser emperador y realizarás tu vida hacia la perfección siendo emperador. *Pachacamac* quiere que lleves la verdad del *Inti* hacia pueblos que aun no la conocen. Este será tu buen destino y esta la obra que estás llamado a realizar. Ejecutándola, y no retirándote a la soledad y a la meditación, es como has de acercarte a *Pachacamac*. ¡Oh, príncipe, sé Inca!

(1) Consistía este método de adivinación en cuarenta trozos de caña donde la *Mama Sipa* había dibujado distintas figuras de animales, plantas, hombres en diversas actitudes, estrellas, signos secretos, cruces, etc. Los cuarenta trozos de caña se hallaban dentro de una bolsa. El consultante los iba sacando y poniendo en cuatro filas de diez cada una. Entonces, la adivinadora interpretaba según la colocación de las figuras y sus relaciones con las que le precedían y seguían. Como se ve, algo muy semejante a los actuales métodos de las echadoras de cartas.

Lloque, profundamente impresionado por la respuesta de la Mama Sipa, consagróse a cumplir su destino. Al morir su padre, agregóse el nombre de Yupanqui, que significa: "darás que contar". Y empenóse en la tarea de extender la religión del *Inti* más allá de los dominios que su padre le dejara. Y por él la recibieron los canas y ayavires, los paucarcolla y hatuncolla. Después dedicóse a visitar el reino y a legislarlo. Y murió venerado y querido, dejando una cadena de hazañas que los haravecs cantarían.

LA ACHUCALLA

EN tiempos remotísimos, la *achucalla* era un animalejo enemigo del hombre. El hombre lo perseguía por haber descubierto que los huesos de este animal, tostados y molidos, bebiéndolos con *chicha*, curaban el mal de piedra. La *achucalla*, en pago de este fin al que la consagraba el hombre, trataba de hacerle todo el mal posible en sus sembrados o en sus animales domésticos. Mas ocurrió que un hombre descubrió un animalejo de éstos mal herido por una víbora, al que recogió y curó contra la opinión de otros hombres que le aconsejaban ultimarla como a una alimaña dañina que era.

Una vez sana, la *achucalla*, agradecida a aquel hombre bondadoso, quiso pagarle el bien recibido. Y dirigió su ruego a la luna, protectora de los seres humildes. Y ella fué quien le enseñó la

manera de ser útil al que debía su existencia. Le enseñó el modo de combatir a las víboras, enemigas del hombre.

Y desde aquel instante, la *achucalla*, a pesar de no poseer más arma que sus agudos diente-cillos, puede luchar victoriosamente contra la venenosa víbora. Porque la luna le dió ingenio: Tapa la *achucalla* con barro la entrada de la cueva donde están sus hijos, dejando sólo cuatro agujeros. Después va a un charco y se revuelca hasta llenarse de lodo que se seca al sol. Repite esto varias veces, cubriéndose con una densa capa de lodo seco. Así acorazada, espera a su enemiga la víbora, y cuando la ve cerca se introduce en su casa. La víbora persíguela. La *achucalla* sale por otro de los agujeros y vuelve a entrar, sorprendiendo así a su enemiga. Comienza a morderla y a recibir mordeduras de la otra, pero se halla protegida por su densa coraza de lodo. Hierde sin ser herida y concluye por matar al reptil.

El hombre, desde que vió a la *achucalla* luchar y vencer a su enemiga la víbora, no la persiguió más. Y es así como por la bondad de un hombre y la gratitud de una *achucalla*, dos especies enemigas se reconciliaron. Esto enseña también que

la virtud siempre engendra la paz. Podríase argüir que fué el común odio a la víbora, lo que unió al hombre y la *achucalla*. Pero el odio al mal no es suficientemente poderoso para que los buenos se unan. Es preciso que entre los buenos se realice una noble acción de uno a otro para que, ya amigos, puedan unirse contra los malos. Y esto fué lo que hicieron un hombre compasivo y una *achucalla* agradecida.

EL JUEZ QUIRIKO

OS voy a narrar un hecho del juez Quiriko. Encierra una noble enseñanza.

A Quiriko, ya muy anciano, nombrósele *auqui*. En el primer asunto que le tocó actuar, demostró su actitud. Tratábase de un litigio entre dos capitanes. Quiriko y los otros jueces oyeron a ambos. Fallarían al día siguiente. Esa noche, él recibió un obsequio de uno de los litigantes.

Quiriko lo llevó a los otros jueces y les dijo:

—Esta noche acabo de recibir este obsequio de uno de los litigantes. Me dice ésto que ese litigante necesita comprar a sus jueces. Entonces él no tiene razón.

Así era. Y el juez Quiriko, con la condena, devolvió al litigante su regalo.

EL ACALLU

DOS *runas* (hombres) se hallaban descansando al pie de un árbol.

De pronto, volando, cruzó un *acallu*. Chillaba desapaciblemente.

Al verle, dijo uno de ellos.

—¡Feo pájaro ese! ¡Con su enorme cabeza y sus ojos verdes! Mal pájaro que sólo chilla, que no sabe cantar.

—Pero su caldo — arguyó el otro *runa* — sirve para dar leche a las mujeres que la han perdido.

—Es verdad — dijo el primero —. Lo había olvidado.

—Si tenéis que escoger un amigo entre esos dos *runas*, sedlo del segundo, del que, olvidando todos los defectos, recuerda una sola virtud.

EL SOLITARIO Y LAS PACAS ⁽¹⁾

EN medio de la selva, vivía un hombre solitario. Nunca había comido carne. Su alimento constituíanlo frutos y raíces del bosque. Mas ocurrió que cierta vez, un *chasqui* extraviado por un temporal refugióse en la selva, y al día siguiente encontróse con el solitario. Se admiró el *chasqui* de ver que las *pacas* salvajes llegábanse hasta la choza del solitario sin temor ninguno. Este le contó que en su vida jamás probara carne. El *chasqui*, entonces, le alabó el rico gusto de ésta; y el solitario condescendió hasta dejar que matase una y la asara. Comió. Placióle el sabor de la carne asada, y cuando al día siguiente el *chasqui* se fué, pensó él coger otra *paca* para comérsela.

(1) Especie de cabritos, de lana color blanca y aleonada. Eran naturales del clima tropical. En algunos sitios se les llamaba *pacas* y en otros *maxas*. Fueron domesticables.

Notó entonces, con perplejidad, que los animales le temían; y que al sólo rozar de sus pasos en la hojarasca, huían aterrorizados. Ya había perdido la pureza que lo hiciera hermano de los demás seres del bosque.

EL GUERRERO HERIDO

Os voy a narrar algunos rasgos del amauta Quínico, varón sabio que viviera en tiempos del inca Sinchi Roca:

En cierta ocasión entró a un pueblo un guerrero herido en la caza. Era éste, hombre violento que con sus desmanes había provocado un sordo rencor contra él. Entró en el pueblo y tumbóse en medio de la calle dando gritos lastimeros y demandando socorro. Muchos se acercaron a él; pero nadie quiso ayudarlo. El recuerdo de sus injusticias y desmanes endurecía todos los corazones.

—¡Muere, perverso! ¿Quieres que te demos agua, que curemos tus heridas, después que tú nos has vejado y herido en el alma? ¡Muere!

Y el guerrero moríase. Un *uturunco* le había abierto el pecho y desangrábase.

De pronto, haciéndose paso entre la multitud

que lo contemplaba morir, gozándose de sus sufrimientos, se llegó a él Quinico, amauta que fuera compañero de Manco Capac, conocedor profundo de la naturaleza, desde las hierbas que curan o matan hasta lo que los astros remotos predicen. Quinico se llegó al postrado. Le dió agua. Puso hierbas buenas en sus heridas, las que detuvieron la hemorragia. Llamó a dos de sus discípulos para que cargasen al guerrero y lo llevaran a su casa. Allí, el bueno y sabio Quinico siguió atendiéndolo hasta sanarlo.

Una vez curado el guerrero, alguien le reprochó a Quinico el que hubiese salvado la vida de un perverso:

—Es como si hallando un *uturunco* herido le hubieses vuelto a la vida. Ese guerrero volverá a hacer maldades.

Y apoyó otro:

—El que hace bien a un malo, hace mal al bien.

—¡No! — respondió Quinico. — Un hombre nunca es un *uturunco*, porque el *uturunco* mata por instinto y el hombre hace mal por perversión. El hombre puede corregirse, volver a su natural, que es el no ser perverso. Y, además: debemos ha-

cer el bien, sin averiguar si es a un hombre malo o a uno bueno a quien se le hace. Tomad ejemplo de la lluvia bienhechora: la lluvia cuando cae, lo hace lo mismo sobre el lodo que sobre el árbol. ¿Va a estar el hombre eligiendo sobre quién ha de volcar su benevolencia? ¿Va a ser menos que la lluvia?

Así respondió el corazón del sabio Quinico a los que le reprochaban de haber hecho bien a un malo.

QUINICO Y SU ACUSADOR

HE aquí otro hecho que evidencia la gran sabiduría del amauta Quinico.

Es natural que todo el que sobresalga tenga enemigos, aun los que sobresalen en el bien. Quinico, hombre justo, era odiado por un hombre para quien su virtud era como un lago de aguas limpiadas donde podía ver la fealdad de su alma.

Este hombre, no sabiendo cómo hacer mal a quien odiaba, lo acusó de idolatría: de que se hacía considerar ídolo y, como tal, sus discípulos adorábanlo.

Y Quinico tuvo que comparecer ante el tribunal de los *Auquis* (1).

(1) Este tribunal se componía de cuatro ancianos, presididos por el curaca de la región. En el Cuzco, estos cuatro ancianos eran príncipes de familia real y llamábanse *Apuauquis*. A éstos los nombraba el Inca en persona; a los de

Fácil le fué demostrar al virtuoso Quinico que la acusación era calumniosa. El tribunal, entonces, condenó al acusador. Nada pudo salvarlo, ni aún el pedido de clemencia del propio acusado.

Y por calumniador reincidente, aquel hombre recibió cinco veces tantos palos como dedos tienen manos y pies. Quedó mal herido y humillado. Quinico se encargó de curarle y aun reconfortarle el alma con frases cariñosas. Ya convaleciente, aquel hombre le dijo un día:

—No te comprendo. Yo he pretendido hacerte mal. Te he acusado de idólatra, pervertidor de la juventud. Te he expuesto al peligro de un castigo y de sufrir la injusticia que este castigo hubiese implicado a tu alma inocente, y tú, en cambio, me curas y me consuelas. No te comprendo.

las provincias, el curaca. Unos y otros duraban un año en sus funciones. Las penas eran rigurosas con los reincidentes, suaves con los bisoños. Por ejemplo: a los calumniadores se les aplicaban algunos latigazos, por primera vez; una dura apaleadura la segunda y por tercera vez se les clavaba de la lengua.

La pena de muerte casi no se aplicaba, aunque existía en las leyes. En rigor, el sistema social del Imperio, tan íntimamente tramado, había hecho casi imposible los delincuentes, aunque los habría, porque su código habla del castigo en que incurrían los ladrones, las adúlteras y aun los ociosos.

Los fallos de los *Auquis* eran inapelables.

—Obro así — respondió Quinico — porque te estoy agradecido. Tú me has hecho ver que no soy malo, pero que pudiera serlo. A tí te debo la comprobación de una virtud que desconocía en mí. ¿Qué mayor regalo me podías hacer? ¿Cómo no agradecértelo fraternalmente?

LOS URITUS Y LOS CHIQUIS ⁽¹⁾

EN la selva había dos *uritus*, profetas los dos. El uno predicaba en lengua aymará y el otro en quichua. Cada cual tenía un extenso número de *chiquis* prosélitos, que hablaban unos en quichua y otros en aymará. Lo cual los hizo dividirse y enemistarse al punto que no había hora en que dos *chiquis* no se trabasen en riña.

Esto decidió a ambos *uritus*, y tuvieron una entrevista. Como los dos sabían aymará y quichua a la vez, les fué fácil entenderse. Y comprobaron

(1) *Uritu* es el nombre quíchua de los papagayos grandes. *Chiqui* es el de los pequeños. Por lo común, aquéllos andan solos y éstos en grandes bandadas vocingleras.

En todo lo extraordinario, los aborígenes hacían intervenir al papagayo, seguramente porque su capacidad de hablar los impresionara. Entre los guaraníes, el *ayurú* desempeña un papel preponderante, no sólo en las leyendas netamente indígenas, sino también en las indo-cristianas. Entre los quíchuas, una de las tantas versiones acerca del diluvio que nos

así que ambos predicaban lo mismo, que no eran contrarios. Llenos de alegría cada cual fué a comunicárselo a sus prosélitos. ¡No había motivo para riñas! Todos los *chiquis* decían lo mismo, aunque unos lo dijeron en aymará y en quichua los otros.

Pero una vez que ambos *uritus* alejáronse, no tardaron sus prosélitos en disputar y reñir, tan enemigos y separados como antes, a pesar de que ahora, todos creían en la misma verdad, aunque expuesta en formas diferentes. Porque a ello los separaban las formas de la verdad, no la misma verdad.

ha transmitido el Padre Bernabé Cobo en su *Historia del Nuevo Mundo*, adjudica a los *guacamayos*, que no es más que un papagayo mayor y más pintorescamente adornado, la misión de haber salvado a los dos únicos hombres en peligro de ahogarse. Estos *guacamayos*, eran dos doncellas celestes, y en tal forma, se encargaron de proveer de alimentos a los hombres refugiados en una cueva. Más tarde, convirtiéndose en sus mujeres, perpetuaron la raza humana.

LAS DOS COSAS MÁS DIFÍCILES

—DIME — preguntó el amauta a su discípulo Llipipispa —, ¿cuáles son las dos cosas más difíciles de realizar?

Meditó el joven largo rato, y respondió:

—Creo que son éstas: Fundar otro Imperio como el de Manco Capac y volver a idear algo que tenga el valor de los *quipos* que ideara Sinchi Roca; algo que sirva para transmitir a la posteridad los hechos del presente.

—Grandes, en verdad, y difíciles son ambas cosas — agregó Pacaric —; pero aun hay dos cosas más difíciles que el fundar imperios o inventar *quipos*.

—¿Cuáles son ellas? — interrogaron, acuciosos, varios alumnos.

Y respondió el maestro:

—Las dos cosas más difíciles son: odiar a un enemigo y poder ver sus virtudes, o amar a un amigo y poder ver sus defectos.

LA ADMIRACIÓN

CIERTA vez, Pacaric formó en el séquito del Inca que visitaba provincias lejanas. Al llegar a una, alguien sabiendo que él era amauta, ofrecióse a presentarle a otro, llamado Cachaguayna, famoso en la región.

—Tan famoso es por su sabiduría — lo elogiaba — que sus alumnos para testimoniarle la admiración que por él sienten, todos los días, antes de comenzar la lección, lo adoran. . .

Pacaric interrumpióle:

—No deseo conocer a ese amauta, pues no creo que sea tan sabio como lo suponen. No es sabio el hombre que se deja admirar por su sabiduría. Su sabiduría no es suya, sino de *Tici Viracocha*, creador y animador de todo. Yo, en un hombre sabio, no admiro al hombre, sino a la sabiduría.

Yo no admiro al río, sino a la fuente cuya es el agua que nos da frescura y placer. ¿Cómo no sabe esto un hombre tan sabio como decís que es el amauta Cachaguayna?

LA VASIJA TOSCA

EL amauta presentó dos vasijas a sus alumnos.
Una tosca, la otra bien pulida y bella.

—¿Cuál elegiríais? — preguntó.

Todos eligieron la segunda.

—Habéis obrado cuerdamente — dijo Pacaric.

En seguida, a la vasija tosca, la llenó de un rico perfume, y a la bella y bien pulida, de agua con lodo.

Y volvió a preguntar:

—Ahora, ¿cuál elegiríais?

Todos, ahora, eligieron la vasija llena de rico perfume.

—También habéis elegido cuerdamente — dijo el amauta — y espero que vuestra propia elección os enseñe: Vosotros sois estas vasijas.

MAHARIZ

EL niño, hijo de un curaca de Quimbaya, y el anciano Mahariz, su maestro y guardador, perdiéronse en el desierto. En vano el viejo Mahariz se intentó orientar. Verde y azul, tierra y cielo, nada más, por todas partes. . . Ellos eran el centro de un círculo cuya línea la formaba el horizonte.

Ni un árbol donde resguardarse. Y el sol comenzó a brillar, terrible. Masticaron hierbas para aplacar la sed; y el niño, desfalleciente, se durmió. Entonces, el viejo Mahariz, para que tuviese sombra, erguido frente al sol, desafiando su poder, aguantó su luminosa cólera.

Al mediodía, cuando el astro se hallaba en el cenit, el viejo, curvándose sobre el niño dormido, recibió en su torso bronceado el castigo de aquel sol implacable.

Luego el astro comenzó a descender, y otra vez

el viejo Mahariz se plantó frente a sus rayos, para proteger con su alto cuerpo al niño dormido.

Así se mantuvo, heroico, impertérrito, hasta que el sol, rojo, como avergonzado de no haber podido vencer la voluntad de un hombre, cayó en el occidente. . .

Entonces, el anciano Mahariz, loco de fiebre, se tiró junto al niño que aun seguía durmiendo. . .

Ya de noche, así los halló el curaca de Quimbaya, en la búsqueda que de su hijo hacía, secundado por sus más briosos guerreros.

Vió al niño, y junto a él, también dormido, al anciano. El curaca rugió:

—¡Viejo miserable! ¡Se ha dormido en vez de cuidar el sueño de mi hijo!

Y con su lanza le partió el corazón.

EL MAYOR HEROÍSMO

¿CUÁL creéis que es el mayor heroísmo? No supongáis que es el del guerrero capaz de vencer a un ejército. El mayor heroísmo está en la madre que, por salvar los hijos de las otras madres, es capaz de sacrificar el propio. Escuchad este hecho:

Antes que el glorioso Manco Capac fundase su Imperio, entre las distintas naciones bárbaras que habitaban estas regiones, había una gobernada por un déspota cruel. En una de sus cacerías, el déspota apresó un animal monstruoso y magnífico. Una bestia sin semejante. Aquello fué motivo de soberbia para él, y decidió alimentarlo con carne humana, pero con carne de criaturas, porque, según le sugirió uno de los sacerdotes de su falsa religión idólatra, devorando niños, el monstruo viviría tantos años como los que debían vivir sus

víctimas. Es decir, que de tal modo, el monstruo llegaría a ser inmortal.

Desde entonces, las desoladas madres vieron desaparecer a sus hijos devorados por el monstruo. Y el dolor o el miedo las poseyó a todas: la que no lloraba a su hijo, temía llorarlo.

Una mujer viuda decidió sacrificar a su hijo, para evitar a todas las otras madres el dolor y el miedo que las atormentaba: Untó el cuerpo de su criatura con yerbas venenosas y lo presentó a los soldados que andaban en busca de niños para alimento del monstruo.

Ella lo vio degollar y entregarlo a la bestia para que lo devorase. Mas no bien lo había comido se le doblaron las patas y, presa de convulsiones, quedó por fin muerta.

Aquella madre salvó así a miles de vidas inocentes.

Ella es el mayor ejemplo de heroísmo.

SERVIDOR CON HAMBRE...

UN *puma* a quien la vejez dejarã sordo, tomó a su servicio a un *suyuntuy* (1). Este debería avisarle cuando se acercara algún peligro, pues el *puma* sordo no lo oía. En cambio, el *puma* se comprometió a dejarle al *suyuntuy* buena parte de sus presas.

Al principio, el *puma* cumplió lo que prometiera y el ave realizó bien su misión, salvando a su amo en distintas ocasiones. Mas el *puma*, codicioso, empezó a escatimar la comida a su servidor y a tal punto que éste, acostumbrado a saciarse hasta no poder alzar el vuelo de hartó, comenzó a enflaquecer. El hambre lo martirizaba, y se quejó a su amo; pero el *puma* no le aumentó la ración.

(1) Ave carnícera de la familia del cuervo. Generalmente es necrófaga.

El *suyuntuy*, descontento e iracundo, decidió vengarse. En cierta ocasión en que el *puma* sordo comía tranquilamente, vió el *suyuntuy* que se aproximaban hombres siguiendo su pista. Y no se echó sobre él, según acostumbraba, para avisarle. El *puma* fué herido y apresado. En su agonía, tuvo aún fuerzas para enrostrar al mal servidor:

—¡Me has traicionado!

—¡No! —respondióle el *suyuntuy*, aunque el *puma* no podía oírle —. Yo no ví venir a los hombres. Tanto es el hambre en que me tienes, que he perdido la vista.

LA HERENCIA

AL morir el amauta Rupai, que enseñó durante el reinado del inca Sinchi Roca, sus discípulos, en señal de veneración, comenzaron a repartirse su *yacolla* y su *pilcocara*, y a disputar por ellas (1).

Sólo uno de sus discípulos, apartado del bullicioso conjunto, no pedía nada, ajeno a la repartición de las prendas del maestro. Se le acercó uno que le preguntó:

—¿Y tú, por qué permaneces aquí sentado, sin pedir un trozo de la *yacolla* o una pluma de la *pilcocara* de tu maestro? ¿Es que no lo amabas, acaso?

(1) *Yacolla* era una capa suelta sujeta solamente por los hombros.

Pilcocara era una especie de diadema de plumas que usaban en la frente y en el cuello.

Y respondió el prudente discípulo:

—¿Y qué puede importarme un trozo de género o de pluma, si el amauta Rupai me ha dejado una herencia mucho más valiosa, porque jamás puede perderse y porque en vez de guardarla puedo dársela a todos sin que nadie pueda despo-
seerme de ella?

—¿Qué te ha dejado? — preguntó el curioso. — ¿Cuál es esa preciosa herencia?

—Su enseñanza — respondió el sabio discípulo de Rupai.

UNA RESPUESTA DE RUPAI

ALGUIEN, en presencia del mismo amauta Rupai, elogiaba su sabiduría.

El sabio se molestó vivamente, y díjole:

—En las noches de verano, las luciérnagas vuelan encendidas. Las ve un niño y dice: “¡Las estrellas!” Pero entonces una persona mayor le enseña al niño: le hace levantar la vista y le muestra dónde están las estrellas brillando allá en la altura. Y el niño, olvidándose de las luciérnagas, admira a las estrellas. Yo sé que toda la sabiduría humana es luz de luciérnagas y que hay otra sabiduría más alta, de luz más hermosa, para aquel que sabe levantar la vista.

Tú, al elogiar mi sabiduría — concluyó Rupai — del modo que lo estás haciendo, me demuestras que aun eres niño, que aun no has levantado tu cabeza para mirar la luz de las altas estrellas. ¡Levántala!

LA IRA

EL curaca Quiriy erā un hombre virtuoso, pero apasionado. Su mayor anhelo consistía en que se dijese de él que era un gobernante justo. En cierta ocasión tenía que fallar en un pleito, y se negó a probar bebida alguna en la mesa. Temía que el alcohol, obrando sobre la natural vehemencia de su carácter, le hiciera cometer una injusticia.

Sin embargo, la cometió: Uno de sus familiares, hábilmente, comenzó a hablar sobre uno de los litigantes en tal forma, que la ira se apoderó del ánimo del curaca Quiriy. Cuando tuvo que fallar, lo hizo contra el que se encaminaba su ira, cometiendo igual injusticia que hubiese cometido bebiendo: La ira es un fuego: a su contacto, nuestras pasiones hierven como al contacto del alcohol.

El símbolo de la ira está en una *catari* vene-

nosa (1). Este torpe animal, frente al enemigo, se ciega de ira y, antes de atacarlo, se muerde, infiltrándose su propia ponzoña.

Como esta *catari*, el iracundo hace mal a los otros; pero antes se lo hace a sí mismo.

(1) *Catari*: Nombre quíchua de la víbora.

LA AHUARA ⁽¹⁾

LA *ahuara* es un animal fuerte y manso. Muchas veces tuvo que sufrir vejámenes del zorro, animal maligno. Por eso, presentándose al *Inti*, le rogó que la armara; y el *Inti* le dió esos dos poderosos colmillos que hoy tiene, diciéndole: “No hagas mal, pero sé capaz de hacerlo”.

La *ahuara* se vió así a salvo de los ataques de otros seres menores, pero más armados que ella, aunque perdió algunas amistades: quien desconfía, enseña a desconfiar. Al verlo desconfiado, las *pacas* y *vicuñas*, sus amigos, recelando a su vez de él, se le alejaron.

(1) El más voluminoso de los animales de la región. Su nombre castellano es *anta*. Herbívoro, posee una pequeña trompa y grandes colmillos como un jabalí. Su cuero era muy apreciado de los indios, por lo recio. La uña de su mano izquierda usábanla los curanderos, pulverizándola y mezclándola con *chicha*, para las enfermedades del corazón.

Pero la *ahuara* había tenido su razón para pedir ser capacitada para hacer el mal. Bestia mansa, había salvado no pocas veces al zorro de las asechanzas de cazadores; y éste, ingrato, no pocas veces también, habíale pagado devorándole sus hijos. La mayoría de los malos lo son, no por haber recibido mal, sino por no haber recibido gratitud por el bien que hicieran. Los ingratos han hecho más malos que los mismos malos.

EL VALOR

LA intensidad del fuego no puede medirse por la cantidad de humo que arroja; tampoco el valor de un hombre ha de juzgarse por el número de palabras que levante: Dos guerreros, veterano el uno, bisoño el otro, apartados de la batalla, fueron de pronto atacados por un enemigo. Quizás creyendo que fuesen muchos los atacantes, el bisoño de los guerreros huyó. El otro, en cambio, haciendo frente al que lo atacaba, consiguió atravesarle el corazón con su lanza. Visto esto por el bisoño, se allegó al lugar y, dando grandes voces, comenzó a pedir enemigos, porque deseaba pelear.

El guerrero valiente díjole:

—Ya que desees luchar, ¡defiéndete! Vas a luchar conmigo.

Pero el otro, acallando sus voces de guerra, rehusó. Invocando como excusa la amistad que siem-

pre los uniera, alejése sin confesar su miedo. Porque todos los vicios se jactan de sí mismos; la cobardía es el único que se niega, avergonzado de existir.

LA NATURALEZA

EN tiempos muy remotos, antes aun que Manco Capac fundara la ciudad del Cuzco, existía un poderoso imperio cuyos hombres habían llegado a realizar hechos maravillosos.

Presentóse una vez al rey un hombre que había fabricado un muñeco con tanta perfección que caminaba, comía y hablaba como un hombre de carne y hueso.

El rey ordenó que se gratificase espléndidamente al inventor. Entonces, el más anciano de los ministros del rey, dijo a éste:

—No creo, señor, que este hombre merezca tan espléndido regalo por un invento de tan poca importancia. Yo me comprometo, ahora mismo, a traer diez muñecos que hagan todo lo que hace el de este hombre, y mucho más perfectamente.

—Tráelos — dijo el rey.

Salió el ministro y no tardó en regresar con diez hombres, escogidos entre los de clase más humilde.

—¡Aquí están! — dijo al rey —. El muñeco de este hombre sólo dice unas pocas palabras; los míos dicen infinidad de ellas. El muñeco de este hombre sólo da unos pasos; los míos corren y saltan. El muñeco de este hombre sólo traga lo que ponen en su boca; los míos escogen lo que desean comer. . .

Muchos rieron; mas el rey comprendió la lección que su ministro acababa de darle, y le dijo:

—Tienes razón. Veo ahora que este hombre no merece el regalo que acabo de hacerle, puesto que él sólo ha realizado torpemente lo que la naturaleza realiza con perfección. ¿Tú has querido decirme que no es ciencia la ciencia que se limita a copiar, y a copiar mal, lo que la naturaleza hace, y hace bien?

—Eso he querido decirte — respondió el ministro.

LA RESPUESTA DE MAYTA CAPAC

EN una de sus gloriosas conquistas, el inca Mayta Capac tuvo que combatir a la nación de los collas. Estaban éstos constituídos fuertemente y sabían la ciencia de construir fortalezas donde cobijarse. Mayta Capac ordenó que no se les atacara, pues, dispuso reducirlos por el hambre y la sed. Los collas atribuyeron ésto a cobardía y salieron de sus fortalezas a combatir. Fueron vencidos. Pero ocurrió en esta batalla un hecho extraordinario: Las piedras de las hondas y las flechas de los arcos que los collas arrojaban, se volvían contra ellos mismos. Y fueron derrotados, más por sus propias armas que por las de los adversarios. Este hecho los intimidó. Después de la batalla se habían refugiado en su fortaleza. De su propia voluntad salieron: adelante niños, ancianos y mujeres; después soldados y, por último,

los jefes. Estos con las manos atadas y con sogas al cuello, significando que consideraban merecer la muerte, por haber peleado contra los hijos del Sol. Los generales del Inca, aconsejábanle que hiciera un ejemplar escarmiento con aquellos rebeldes: Que matase a todos. Mayta Capac se negó; y no sólo perdonó a niños, viejos y mujeres que no eran culpables, sino a los soldados que habían combatido por orden de sus curacas, y aun a éstos.

—Nosotros no los hemos vencido — explicó Mayta Capac a sus generales —. No tenemos, entonces, derecho sobre sus vidas. Son los vencidos del *Inti* que los derrotó valiéndose de sus propias armas. Y el *Inti* no ama la muerte; él es padre de la vida. Nosotros obedeceremos sus designios siendo magnánimos.

Y tuvo razón Mayta Capac: Muchos pueblos vecinos, enterados de su acción, se le sometieron sin combatir. Y el Inca obtuvo por la paz dominios más extensos y súbditos más sumisos que los logrados por la guerra. Porque el odio y el amor se fecundan a sí mismo y engendran: guerra el odio, paz el amor.

EL ANCIANO ALEGRE

UN día, Pacaric hallóse con un anciano de juvenil aspecto y firme voz. Sorprendióse de ver un anciano alegre, y lo interrogó:

—Anciano, me asombra no verte hosco y meditativo, como es habitual entre los hombres de tu edad. ¿Qué es lo que puede mantenerte lozano de cuerpo y alegre de alma?

—Mi pensamiento — respondió el anciano —. Pienso que hay hombres hambrientos y yo nunca he padecido hambre, que hay enfermos y yo tengo salud, que hay esclavos y yo soy libre. Esto me mantiene alegre como cuando era joven.

—Sí — respondió Pacaric —, ¿pero has pensado que hay hombres mucho más poderosos que tú, más felices, más sabios?

—¡He aquí otro motivo de alegría! — respondió el anciano, jubiloso —. Pensando en ellos me

inundo de esperanza, porque pienso que yo puedo aspirar aún a ser más de lo que soy.

—Anciano — terminó el amautā al despedirse — tú eres la sabiduría con forma de hombre.

El anciano reía.

LA PACA Y EL ALCAMARI ⁽¹⁾

MAJESTUOSAMENTE, una *paca* de las llamadas *cocotaapacas*, que son las de mayor tamaño y potencia, describiendo largas curvas, se asentó en tierra, junto al cadáver de una joven *vicuña*. Desde la cumbre la había divisado y, con la rapidez de la flecha que vuelve a tierra, habíase dejado caer el ave hambrienta, porque la época era de escasez. Ya iba a hundir en él sus garras agudas, cuando oyó una voz burlona a su espalda:

—¿Eh? ¿También la *cocotaapaca* come cadáveres?

Era un *alcamari* el que hablaba, estirando su

(1) En lengua aymará, la *paca* es el águila. El *alcamari*, ave de plumaje blanco y oscuro, en su primer período de vida se llama *suamari*, y tiene color amarillo. Por eso los aborígenes, a los hombres novatos en un oficio les llamaban *suamari*, y *alcamari* cuando, ya más viejos, habían adquirido destreza.

corvo pico negro y blanco, sobre el que relucían sus brillantes ojos colorados.

La *paca* se volvió a él, y se dignó hablarle:

—Sí. Aunque no soy un vil *alcamari* que, a pesar de su fuerte pico y sus filosas garras no caza sino lagartijas y culebras y come sólo cadáveres, hoy yo también me veo precisada a disputarle al vil *alcamari* su presa favorita. Pero yo lo hago por excepción, obligada por las malas circunstancias, casi con vergüenza; y tú lo haces siempre. No está el mal en realizar un acto indigno, de tarde en tarde, cuando la vida apremia duramente, y quizás para humillarnos y dar una lección a nuestro vano orgullo, nos obliga a él. Lo malo es hacer un hábito del mal — dijo la *paca* y, cogiendo el cadáver de la joven *vicuña* entre sus poderosas garras, se lo llevó a devorarlo en las alturas.

El *alcamari*, en silencio, la contemplaba ascender.

LA FE

EN cierta región había un hombre que tenía fama de brujo. Se le atribuían poderes sobrenaturales. Un forastero tenía que atravesar la selva, y, sabedor del poder de aquel hombre, fué a verle para que, por medio de un sortilegio, lo amparara del posible ataque de las fieras.

Al llegar a su casa, vió un anciano en la puerta, y le expuso su pedido. El anciano, por toda respuesta, extendió sus dos manos sobre la cabeza del forastero y trazó unos signos en el aire.

—¡Gracias! — respondió el forastero, y partió.

Hizo felizmente su viaje, y regresó, seguro, por la misma selva.

Al volver, comentando el poder misterioso de aquel anciano que con sólo unos ademanes lo había preservado del ataque de las fieras, alguien que le escuchaba le dijo:

—¿Cómo anciano? ¿Dices que el brujo es un anciano? ¡No! ¡Es un joven!

—¿Y quién es ese anciano que encontré en su puerta?

—Ese es su criado.

El forastero sintió que las carnes le temblaban de pavor. Solo, armado de su propia fe, nada más, había atravesado una selva poblada de *pumas* y *uturuncos*.

LOS DOS CAMINOS

LOS dos caminos disputaban acerca de cuál de ellos sería el predilecto por los espíritus. Aun no había sido creada la vida de los hombres ni la de los animales. *Tici Viracocha* (1), aun no había dado, por primera vez, materia de carne y hueso a los espíritus que la aguardaban...

El camino seguro, el que iba por el llano, decía:

“Hacia mí vendrán los mejores espíritus, confiados en mi seguridad”.

(1) Dios supremo, invisible y todopoderoso, en el cual creían los hombres más perfeccionados espiritualmente: amautas, haravecs, algunos sacerdotes y hasta incas como Huayna Capac o Yupanqui. La masa creía en el *Inti* (sol), visible y al que se le hacían sacrificios y ofrendas en templos suntuosos.

Tici Viracocha, en la teogonía quíchua, es el hacedor de todo. No se le representaba ni se le elevaban templos ni se le hacían ofrendas ni sacrificios, porque siendo el creador y dueño de todo, cuanto se le ofrendara sería mezquino. Esta

El otro, el camino inseguro, el que, lleno de breñales, subía entre desfiladeros a la montaña o se hundía en la selva, replicábale:

“Los mejores espíritus se sentirán subyugados por el peligro que yo les ofrezco, y me preferirán”.

“Si van por mí — argüía el camino seguro y recto que se dilataba por el llano —, vivirán felices”.

“No importa — afirmaba el camino peligroso; — no importa que les ofrezcas tu fácil felicidad; los espíritus mejores han de desdeñarte por mí. Los espíritus mejores prefieren el riesgo, la incertidumbre, lo imprevisto. A la felicidad que se les regala, prefieren la que ellos pueden conquistar a fuerza de angustias y dolores”.

En aquel punto intervino el *Inti*:

—¡Callaos, caminos! Ya se acercan los espíritus que ha creado *Tici Viracocha*. Ellos elegirán.

Y llegaron los espíritus. El *Inti* habló:

concepción de dios único, invisible, revela un alto sentido religioso, a la vez que un triunfo de la imaginación sobre la materialidad grosera de los idólatras, incapaces de adorar lo que no está al alcance de sus sentidos corporales.

Para algunos, como el inca Yupanqui o Huayna Capac que han dejado pensamientos, el *Inti* no era más que un servidor de este creador, regulador y armonizador del Universo.

—Elegid: Este es el camino seguro. Este el inseguro. Uno va al llano donde hallaréis tranquilidad y comida en abundancia. El otro no se sabe dónde va, pero se hunde en la selva oscura y se empina por la montaña inaccesible. ¡Elegid!

Los espíritus comenzaron a andar: unos por el camino seguro, los otros por el peligroso.

Los que eligieron el camino seguro, tomaron formas de animales. Los otros, los que prefirieron el peligroso, convirtiéronse en hombres.

VOCACIÓN

AL morir el inca Pachacutec, el soberano en cuyo gobierno más conquistas se realizaran, un discípulo, delante de Pacaric, comenzó a enumerar las naciones que el Inca venciera:

—Ha conquistado no sólo a pueblos salvajes, como lo hicieran sus predecesores, sino a naciones constituídas: las de Chíncha y Rímac. Llegó a hacer sus curacas a reyes sabios como Cuismancu y Chimu.

Habló Pacaric:

—Digno de elogios es el inca Pachacutec por estas conquistas, mediante las cuales pueblos idólatras saldrán de sus errores, vicios y ferocidad; mas siento yo que a otros toca hacer el elogio del Inca por sus hechos de armas. Yo soy guerrero de la paz y hallo que el Inca es digno de mi elogio porque pensó esto: “Mejor es que otros, por ser

tú bueno, te tengan envidia, que no que la tengas tú a otros por ser tú malo”.

O esto:

“El varón noble y animoso es conocido por la paciencia que muestra en las adversidades”.

O esto:

“Los jueces que, a escondidas, reciben dádivas de los pleiteantes, deben ser tenidos por ladrones, y castigados con muerte como tales”.

O esto:

“El que procura contar las estrellas no sabiendo aún contar los nudos de los *quipos*, digno es de risa”.

Yo — continuó el amauta — admiro al inca Pachacutec por haber pensado esto. Admírenlo otros por las hazañas que realizare. Cada cual admiramos en los demás lo que de ellos deseamos. Por nuestras admiraciones se nos debe juzgar, muchas veces, más que por nuestros actos.

Tú, discípulo mío, ¿por qué vienes a mi escuela? Tu lugar se halla en los ejércitos. Te lo digo, porque para hacer el elogio del inca Pachacutec, has recordado sus victorias de guerra y olvidaste las victorias de sus nobles pensamientos. Tú admiras al guerrero, porque deseas sus triunfos. Tu

vocación no es la mía, porque tu admiración no es la mía. Tú, seguramente, admiras al Sol porque su luz es poderosa. Yo lo admiro porque su luz es padre del maíz cuya madre es la tierra. El hombre que no quiere mostrar su alma al desnudo, debe cuidarse de exteriorizar su admiración, pues el hombre experimentado leerá en ella, como el *quipocamayo* en los nudos y colores de un *quipu* (1).

Nuestra admiración es nuestra enemiga, porque nos entrega al examen de los demás.

Por tu admiración, discípulo mío, acabo de ver que tú has escuchado en vano mis enseñanzas.

Así habló Pacaric. El discípulo levantóse y no volvió más por su *yacha-huasi*.

(1) *Quipocamayo* era el hombre hábil para descifrar *quipos*: serie de cordones anudados y de distintos colores, cuyos colores y nudos simbolizaban frases. Los incas no alcanzaron a crear la escritura, a pesar de ser la civilización más adelantada de las que se realizaron entre los aborígenes del Nuevo Mundo. Sin embargo, en Centro América, tribus menos adelantadas llegaron hasta a hacer libros, en papel fabricado con fibras vegetales, papel grueso y de color oscuro. El padre Bobadilla que llegó con los conquistadores, llevado por el celo evangelizante, quemó, en 1524, en la plaza de Managua, gran cantidad de estos escritos, y estatuas. Este precipitado auto de fe, privó a la ciencia arqueológica de documentos interesantísimos, quizás inapreciables para los que buscan el origen de los pueblos americanos.

LA BELLEZA

PACARIC observó que la soberbia se había aposentado en el alma de una bella joven, hija de uno de sus amigos predilectos. La satisfacción de su belleza la envanecía, y esto llenaba de pena al anciano maestro. Cierta vez la habló:

—Hija: ¿Qué dirías tú del ídolo que se creyese creador de todo, porque ve a los hombres llegarse ante él, a sacrificarle *llamas*? Que sería torpe suponerlo en tal creencia. ¿Y qué dirías tú del curaca que se creyese el amo porque ve a los hombres llegarse ante él y rendirle homenaje? Que era un necio. Sabe el ídolo que el sacrificio no es para él, sino para *Pachacamac*, creador de todo. Y sabe el curaca que los hombres reverencian en él la autoridad del Inca, hijo del Sol. Ambos pueden ser desposeídos de su divinidad y de su autoridad. La belleza, por la cual tú recibes

alabanzas que te envanecen, no es más que un préstamo que te hace el Creador de todo. Si llenas tu vida con la satisfacción de tu belleza, ¿qué harás cuando dentro de breve tiempo la veas desaparecer? Piensa que tu vida quedará como la cáscara del fruto ya seco. Perderá su lozanía, se agrietará y estará diciendo a los que pasan desdeñosos ante ella que en su interior no hay nada. La belleza es una cáscara. Piensa que la vida ha de quitártela y arrojarla despreciativamente como a cosa inútil antes de entregarte para que sirvas de alimento a la muerte. ¿Crees tú que si el fruto adquiriese sentidos humanos, se envanecería de la belleza de su cáscara? Seguro estoy, de que el sabio árbol, habría sabido infundir en él la certeza de que su valer se halla en el sabor de su pulpa y de su jugo y, sobre todo, en sus semillas, donde duermen otros árboles. Piensa tú, hija, que es triste para ti, un ser humano, tener sentimientos de los que se avergonzaría el más humilde de los frutos.

EL PODER DEL ESPÍRITU

EL inca Mayta Capāc hacía la guerra al curaca de Collamarca. Un capitán del Inca, Ripuy, pensó que si se llegaba a la tienda del curaca rebelde y lo mataba, evitaríase al ejército incaico muchas muertes, pues, los de Collamarca, entregaríanse creyendo que su muerte era un castigo del *Inti* por no haber acatado a su hijo, el Inca.

Una noche, acompañado de su hermano menor, Ripuy salió a poner en acción su proyecto. Apostó entre unos breñales a su hermano y él, sigilosamente, se dirigió a la tienda del curaca. Ya había burlado algunos centinelas y dado muerte a otros, sorprendiéndolos, cuando fué descubierto y apresado. No dudó en confesar el propósito que lo llevaba. Y el curaca lo condenó a morir.

Antes de ser decapitado, pidió esta gracia: Presentarse al Inca a fin de darle cuenta de su pro-

pósito y por qué iba a morir. Prometió volver antes de la noche siguiente. Como seguridad de cumplir lo prometido, dejaría a su hermano. Si él no volvía, el curaca tenía derecho de hacerlo morir por él. Por sólo espíritu de curiosidad, aceptó el curaca. Hizo Ripuy la señal convenida con el hermano y éste presentóse. Fué preso en su lugar, y él salió camino del campamento del Inca.

Volvió según lo prometiera; pero no antes de la noche, sino cuando la luna ya brillaba bien alto sobre ella. Un río trasformado de pronto en torrente por una lluvia copiosa, le había impedido cumplir exactamente lo prometido.

Ripuy se presentó al curaca:

—¡Aquí estoy! ¡Vengo a morir!

—Llegas tarde — le respondió aquél mintiendo —. Tu hermano ya ha sido sacrificado. Tú estás libre.

—¡No importa! — gritó Ripuy —. Yo era quien debía morir.

Y, sacando de entre sus ropas una flecha envenenada, se la hundió en el corazón.

El curaca y sus guerreros quedaron impresionados. El poder del espíritu de Ripuy se apoderó

de ellos. Y el curaca rebelde, pensando que era mejor ser aliado que enemigo de quien tenía hombres como Ripuy, decidió someterse al Inca. El mismo hermano de Ripuy que no había sido muerto, fué el encargado de llevar la propuesta de sumisión.

Así fué, como sin disparar una flecha, sin mayor derramamiento de sangre, por el solo poder del espíritu de un hombre, el inca Mayta Capac sometió a la poderosa nación de Collamarca.

GÜICHUSPA

EL anciano Güichuspa fué salvado por un joven cuando aquél estuviera por ahogarse.

Un año después Güichuspa fué nombrado *auqui*, y tuvo que fallar en una causa seguida contra el mismo joven que lo salvara. Y como era culpable, Güichuspa no vaciló en castigarle.

El condenado le reprochó su acción:

—¡Cómo! ¿Me condenas? ¿Has olvidado ya que te salvé, que me debes la vida?

Respondió Güichuspa:

—No lo olvidé. Y te estoy agradecido; pero amo más a la justicia que a mi vida. Por eso te he condenado al ver que eras culpable. Tú, salvándome la vida, te has ganado mi gratitud; pero no la de la justicia.

URUNCOYES Y GUANCOYROS ⁽¹⁾

LAS *uruncoyes*, imitando a las *guancoyros*, quisieron fabricar panales. Y los hicieron; mas según es propio de todo imitador, sólo construyeron panales, no miel. Ellas veían que las *guancoyros* eran estimadas por el hombre, y creyeron que fabricando panales se atraerían hacia ellas también su estimación; por eso, en vez de ocultarlos bajo tierra, los colgaron de los árboles, bien visibles. El hombre, engañado, buscó miel en ellos. Los halló vacíos. Las *uruncoyes* no sabían fabri-

(1) *Uruncoy*: avispa silvestre. La *guancoyro* es una abeja, la mayor de las muchas variedades existentes en tierras del *Inti*. Posee la particularidad de hacer sus panales bajo tierra. Además, para defenderse de los raptos de su miel, que es agrídulce, pero sabrosa y medicinal, está dotada de un receptáculo en el bajo vientre, desde el que arroja un líquido ponzoñoso. Donde éste cae, levanta una roncha y produce una picazón muy viva.

car miel. Perfectas imitadoras, obedecían a su destino de tales, limitando su labor a la forma.

Y así, no vieron cumplidos sus anhelos.

El hombre siguió persiguiendo a las *uruncoyes*. Aprovechando que el frío de las mañanas las deja ateridas y no pueden usar su temible aguijón, el hombre se dedica a derribar sus secos panales y a matarlas.

La *uruncoy*, diestra fabricante de panales inútiles, porque nada contienen, es el símbolo de la imitación.

LA GUANAYA ⁽¹⁾

Un cacique adicto de los muchos que iban a pedir ayuda y consejo a Capac Yupanqui, lamentábase de no poseer fuerza suficiente contra su vecino, otro cacique aun no sometido al imperio. Este acostumbraba hacer incursiones, de las que volvía a su lugar victorioso y cargado de botín.

—¿Siempre las hace en tus tierras? — lo interrogó Capac Yupanqui.

—No, señor. A veces invade mis tierras y a veces las de otros caciques vecinos.

—Está avizor —aconsejóle el Inca— y cuando él invada otras provincias, tú hazlo en la de él. Todo enemigo, por más fuerte que sea, tiene un momento de debilidad. Es preciso descubrirselo y

(1) La *guanaya*, ave del tamaño de una gallina común. Son acuáticas, por eso ponen sus huevos entre los yuyales, junto a la orilla.

aprovecharlo. Te narraré la historia de la *guanaya*:

Lamentábase una infeliz *guanaya*:

—¡Ah, no ser como el *cúntur*, no ser como el *cúntur*!

—¿Qué le ocurre? —preguntóla un enorme y viejo *ococo* (1) ¿qué le ocurre que así se queja? ¿Por qué quisiera ser como el *cúntur*?

—Para devorar a la *catari* como lo hace el *cúntur* —respondió la *guanaya* infeliz.—Para llevármela por los aires, alto, como lo hace el *cúntur*; y allá, bien alto, donde todos puedan ver el castigo de la ladrona, ¡devorármela!

—¿Qué le ha hecho la *catari*?

—¡Me ha comido un nidal de doce huevos!

—¡Desgracia es! — comentó el enorme y viejo *ococo*.

—Yo no me animo a atacarla —prosiguió la *guanaya* infeliz— por causa del veneno. ¡Ah, si no tuviera veneno! ¡La partía a picotazos!

—¿Y eso la aflige? ¡No! Ya verá usted, *guanaya*, como la vamos a pillar sin veneno a la ladrona. Acuéstese allí, y espere. La *catari* tiene una costumbre peligrosa para ella: Nunca se baña con

(1) Sapo.

veneno. Cuando entra en el agua, deja su bolsa de veneno oculta entre los pastos. Es entonces cuando el *cúntur* aprovecha para llevársela arriba y devorarla. Esperemos.

Mucho tiempo esperaron. Por fin apareció la *catari* y entró en el agua.

—¡Ahora! —ordenó el *ococo* y, saltando hacia el sitio donde la víbora entrara al agua, buscó la bolsita blanca del veneno. —¡Aquí está! ¡Tome, corra, llévesela lejos y vuelva!

La *guanaya* cogióla y corrió con ella.

Al volver, la otra que había acabado de bañarse, salía del agua.

La *guanaya* y el *ococo*, ocultos, aguardaron aún.

La *catari*, inquieta, buscaba su bolsa del veneno. No hallándola, comenzó a golpearse contra el suelo, desesperada. Se golpeó hasta matarse. Porque la *catari* prefiere morir antes que vivir sin el veneno que la hace peligrosa y temida. Un hombre puede vivir del recuerdo de su poderío. La *catari*, en su maldad, es más orgullosa que el hombre.

—¿No ve, *guanaya*? —comentó el *ococo* enorme y viejo, triunfalmente, regocijado por el éxito de su experiencia— ¿No ve cómo hasta los seres venenosos pagan sus maldades? Todo está en ha-

llarlos en su momento de debilidad, es decir, cuando no tienen veneno. Pero ese momento de debilidad, en el enemigo más poderoso que nosotros, hay que saber esperarlo.

La *guanaya*, a picotazos, partía el cadáver de la odiada ladrona de sus huevos, en vez de escuchar las palabras del *ococo*, más útiles para ella que su venganza póstuma. Pero los animales que vuelan son frágiles de memoria, livianos de entendimiento. La experiencia es pesada, vive en la tierra, no en los aires. La experiencia es el patrimonio de los animales que no poseen plumaje vistoso ni alas engañadoras.

EL BIEN DEL MALO

UN bien hecho por un malo, es un mal.

En cierta ocasión, una *vicura* salvó a un *puchpo* que se ahogaba (1).

En adelante, todas las *vicuras* sacaban a recordar el hecho de aquella que salvara al *puchpo*. Y aun todos los *puchpos*, recordando aquel hecho, no hacían sus nidos en lugares donde no pudiese trepar la *vicura*.

Y así, a cambio de un *puchpo* salvado por una *vicura*, millares de *puchpos* perecieron sacrificados a la voracidad de sus descendientes, enternecidos por el acto de la salvadora.

Un bien hecho por un malo, es un mal: porque lo justifica.

(1) La *vicura*, animal rapaz parecido al zorro. Trepa a los árboles y roba los nidos. El *puchpo*, pajarillo cantor, amigo de los sembradíos, a los que libra de gusanos.

TRATADO DE PAZ

UN *uturunco* quiso hacer la paz con las *vicuñas*, sus víctimas habituales. Para ello les propuso: él les daría sus cachorros y ellas, en cambio, sus mamonés. Cuidaría el *uturunco* de éstos y las *vicuñas* de los cachorros de él. Las confiadas *vicuñas*, creyendo así que obtendrían la paz, aceptaron. Dieron al *uturunco* sus hijuelos y éste entregó a ellas sus cachorros. Pero el *uturunco* devoró a los hijos de las *vicuñas* y los cachorros de él, una vez crecidos, devoraron, a su vez, a las *vicuñas* madres.

AMISTAD PELIGROSA

UN *conambiche* (1) había hecho amistad con un *uturunco*. Jugando, el *uturunco* le rompió una pata. La fiera se disculpó:

—Fué jugando. Perdóname.

—No me resta otro remedio que perdonarte — respondióle el *conambiche* —; pero yo quedo cojo. La culpa es mía, por hacerme de un amigo tan peligroso que, jugando, puede quebrarme una pata. ¡Adiós!

Y se alejó para poner en salvo las tres que le quedaban.

(1) Pequeño mamífero.

LA FELICIDAD

CUANDO el que iba a ser el inca Pachacutec sólo era príncipe y se llamaba Titu Manco Capac, ya demostró las raras virtudes que hacían de él uno de los más sabios varones del Imperio.

Cierta vez salió muy temprano del palacio real y comenzó a vagar por los arrabales del Cuzco, a contemplar la vida de aquellas gentes. Y se apenó por ellas. Habló con algunos viejos y viejas y, aunque éstos no se lo confesaron, comprendió el príncipe que no eran felices. Su quietud sólo era resignación. Obsesionado por esta idea salió de la ciudad: él hubiese querido que todos fuesen felices. Y como era muy joven, creyó que su idea podía hacerse realidad en seguida, porque cuando somos muy jóvenes no sabemos hacer mediar un prudente plazo entre idea y realización. Intentamos sin medir la posibilidad del intento. La audacia

sustituye a la reflexión; pero la audacia y la ignorancia, en la juventud, son sinónimas.

El príncipe pensó que habría un talismán con el que fuese posible conseguir la felicidad para todos, y en el más breve tiempo.

Recordó, entonces, a la maga de las serpientes, la anciana agorera que vivía en uno de los barrios más apartados del Cuzco: en el Amaru Cancha (1). Y decidió consultarla.

Esta vieja, más que centenaria en la época en que el inca Pachacutec era príncipe, había sido traída por el abuelo de éste, Yahuar Huacac, cuando aun no siendo Inca realizó una expedición a los Antis. Allí, después de vencer a los naturales, feroces y fuertes guerreros de la región, encontróse con que ésta se hallaba infestada de serpientes enormes, pero inofensivas. Según tradición, estas serpientes eran inofensivas porque ahora estaban encantadas; antes habían sido temibles. A la sazón, se las tenía por seres sagrados a quienes adoraban; su sacerdotisa era la anciana que oía sus vaticinios. Yahuar Huacac se llevó a la maga y sus serpientes al Cuzco, donde siguió actuando de profetisa entre el pueblo y aun con gentes de la corte. Tanta fué

(1) De *amaru* (serpiente) y *cancha* (sitio o lugar).

su fama, que el barrio donde se le dió casa tomó el nombre de *Barrio de las Serpientes*.

El príncipe se presentó a la maga y le expuso sus deseos. Esta le dió un brebaje y comenzó a latirle el párpado superior del ojo derecho. Optima señal, según los rituales de la maga. Buena señal hubiese sido que le palpitara el párpado superior del ojo izquierdo, y mala o muy mala si la palpitación hubiese sido en los párpados bajos, ya del ojo derecho o del izquierdo.

Las serpientes — interpretó la maga — querían que el príncipe consiguiese el talismán que hace dueño de la felicidad.

Ese talismán se hallaba oculto en unā calavera de gigante que encontraría en el lugar hacia el cual guiaríalo una serpiente. Y el príncipe comenzó a andar en pos de la serpiente que la maga le señaló (1).

(1) La tradición que asegura la existencia de gigantes en la región que los españoles llamaron Santa Elena, en Puerto Viejo, era común entre los indígenas. Varios cronistas la traen y Pedro Cieza de León asegura haberla oído en el mismo lugar, y visto un hueso de ellos. Seguramente, era éste un hueso de fósil antediluviano, de los muchos que se han hallado en América. Según esa tradición, los gigantes que llegaron eran tan enormes que un hombre común sólo les alcanzaba a la rodilla. Robaron y cometieron desmanes

Anduvo el príncipe tras ella; anduvo mucho tiempo, sin hambre ni sed ni fatiga; y dió al cabo con el sitio donde se veían las calaveras y otros restos de gigantes. En una de ellas se posó la serpiente. La levantó el príncipe y encontróse una esmeralda de color y tamaño nunca por él vistos, ni aun en el tesoro de Viracocha, su padre.

Ya en posesión del talismán, vióse trasladado súbitamente a la plaza principal del Cuzco, frente al Templo del Sol.

El *Inti* brillaba con esplendor inusitado, y el príncipe hizo anunciar a la multitud que traía el talismán secreto de la felicidad y que con él haría la felicidad de todos. Bastaba mirarlo para ser feliz.

E hizo colocar la esmeralda en alto, en medio de la plaza, a fin de que todos la pudiesen mirar y todos fuesen felices.

La multitud, extasiada y agradecida, comenzó a desfilar...

con las mujeres de la región, por lo cual *Pachacamac* castigóles enviando sobre ellos una lluvia de rayos que los exterminó.

Como prueba de su paso por el lugar, los naturales mostraban grandes y profundísimos pozos hechos por los hombres de aquella raza.

El príncipe sentíase como hecho de luz, tanto era el júbilo que lo poseía . . .

Y en aquel instante despertó de su hermoso sueño.

Así, siendo príncipe, el que iba a ser el sabio inca Pachacutec, aprendió que conseguir la felicidad para todos los hombres es un sueño, aunque el más hermoso de los sueños.

LA OTRA FUERZA

CUANDO la fuerza falta, aparece la astucia. Un *guaraguao* (1) ya viejo, veía perder su autoridad frente a los nuevos cuyas alas, pico y garras no habían realizado tan largo trabajo de destrucción como los del viejo *guaraguao*.

Comprendió éste que no tardaría mucho en verse negado y aun peleado, si no vencido, por alguno de los nuevos *guaraguaos*. Dudando de sus fuerzas, no se imponía como antes, a punta de pico y garra. Hasta fingía no oír ciertos chillidos de descontento y burla. Y recurrió a la otra fuerza: la astucia. La circunstancia que siempre favorece al astuto, porque la aguarda, lo favoreció a él. Llegó una tarde con la noticia de haber muerto un *uturunco*. Los *guaraguaos* jóvenes dudaron, y el viejo les dijo:

(1) Ave de rapiña parecida al milano europeo.

—¿No creen? Vayan a ver el cadáver.

Fueron. Allí estaba el poderoso animal, tum-
bado, abierto el vientre y comidos los ojos. Nadie
dudó más. Y la admiración, el miedo que antes
inspirara por su fuerza, volvió a nacer desde el
asombro de los jóvenes *guaraguaos*, ante el viejo
vencedor de un terrible *uturunco*.

Y el viejo *guaraguao* siguió gobernando hasta
su muerte, sin decir que aquel *uturunco* él lo ha-
bía hallado muerto. Toda su hazaña había sido
abrirle el vientre y devorarle los ojos.

LA SABIDURÍA

I

YUYARI, discípulo de Pacaric, preguntó a éste:

—Maestro: ¿En qué consiste la sabiduría?

Respondió el amauta:

—En amar a los hombres.

En otra ocasión, Pirgue, otro discípulo de Pacaric, preguntó:

—Maestro: ¿En qué consiste la sabiduría?

—En conocer a los hombres — respondió el amauta.

Entonces, Mizqui, otro discípulo, habló:

—Maestro: Una vez dijiste a Yuyari que la sabiduría consiste en amar a los hombres. Ahora

contestas a Pírgue que la sabiduría consiste en conocer a los hombres. . .

Calló el discípulo, y Pacaric lo animó:

—Prosigue. ¿Por qué te detienes?

—Maestro: Quisiera saber, por fin, en qué consiste la sabiduría.

Respondió Pacaric:

—La sabiduría consiste en amar a los hombres, a pesar de conocerlos.

II

La sabiduría no es sólo conocimiento. He conocido un *quipocamayo*, hombre muy viejo, capaz de descifrar los más difíciles *quipos*, y, sin embargo, se embriaga. Este hombre no es sabio. Se parece al *tunqui*. Es el *tunqui* un hermoso pájaro de plumaje colorado y cola y alas negras. Sus uñas y pico son de color oro. Tiene una cresta muy roja y cortada en forma de curiosos dibujos. El *tunqui*, cuando pequeño, no es nada hermoso. Vuela poco y mal y se alimenta de gusanos o de cadáveres. Sin embargo, cuando ya mayor, cuando

posee alas fuertes y singular hermosura, el *tunqui* sigue alimentándose de cadáveres y gusanos.

Le ocurre lo que al *quipocamayo* viejo que se embriaga. Embriagábase él en su juventud, posiblemente, cuando aún no sabía nada; y, a pesar de lo aprendido, continúa embriagándose como cualquier ignorante labrador.

Que otros crean que este hombre posee sabiduría.

EL TUNQUITUNQUI

POSEER algo es poseer lo mejor de ese algo. Esto lo saben muy pocos hombres. La generalidad de ellos no se dan el trabajo de averiguar qué es lo mejor de ese algo, a fin de poseerlo sin cargarse con lo inútil.

Un jefe salvaje de la provincia de Pucara, se apoderó cierta vez de un cuidador de *llamas* extraviadas que tocaba maravillosamente la *quena*. Asombrado y envidioso de su habilidad, quiso poseerla. Y para ello no imaginó el salvaje nada mejor que comerse al cuidador de *llamas*, creyendo, en su torpeza, que así se apoderaría de su habilidad.

En cambio, otro jefe salvaje, en lucha con el inca Mayta Capac, se apoderó de un sabio amauta. Dióse cuenta de la mucha sabiduría de éste, y la deseó también. Mas en vez de usar el torpe pro-

cedimiento del anterior, hízose dar lecciones por él. Y cuando el amauta pasó varios años enseñándole, el jefe dióle la libertad:

—Vete — le dijo — aprende más y vuelve a enseñármelo.

Este jefe se había apoderado en realidad del amauta, porque se había apoderado de lo mejor de él, de su sabiduría.

En el *chacu* (1) no se mata a las *vicuñas*. Se les quita lo más precioso de ellas: su rica lana, y después se las suelta para que a los tres años, ya crecida otra vez, puedan brindárnosla de nuevo. ¡Cuánto hubiésemos perdido si, con el fin de apoderarnos de su riqueza, las hubiésemos muerto!

Existe un pequeño pájaro, el *tunquitunki*, muy bravo y prudente. Fabrica su nido con barro y defiéndelo con espinas agudas que quita de ciertas plantas. Con tanto ingenio lo fabrica que el *cúntur*, el *anca* y otras poderosas aves de rapiña

(1) Cacería anual hecha, a veces, bajo las órdenes del propio Inca y en la que tomaban parte veinte mil, treinta mil y a veces hasta cien mil indios.

Chacu quiere decir rodear, porque no se mataban los animales. Sólo se les apresaba, para esquilarlos y soltarlos después. Mataban los viejos, y su carne la hacían *charqui* (cecina).

se ven impotentes ante él. Su nido es una inexpugnable fortaleza, donde sus hijuelos se crían al amparo de la voracidad de otras aves.

Ciertas tribus bárbaras, observando esta habilidad del *tunquitunqui*, lo cazaban a fin de apoderarse de sus plumas y adornarse con ellas. Creían que llevando encima las plumas de ese pájaro tan valiente y, a la vez tan ingenioso para la defensa, ellos adquirirían sus mismas virtudes y se harían invencibles.

Es propio de las gentes sin espíritu creer que el hecho reside en el mismo hecho. El hombre común adora al ídolo, no porque piense que él está representando a *Pachacamac*, el creador de todo.

LA BONDAD

EXISTEN dos bondades — dijo Pacaric — La bondad que hace lo que debe hacer y la que hace lo que debe hacer y un poco más. Os pondré un ejemplo que os hará ver claramente lo que quiero deciros.

Dos hombres iban por un desierto, agobiados por la sed y buscando un sitio donde cavar para hallar agua. Lo encontraron al fin; cavaron, bebieron y, confortados, prosiguieron su marcha. Mucho más lejos, encontraron otro hombre sediento y sin nada con qué poder cavar un pozo.

Uno de los dos hombres examinó el terreno y le dijo:

—Toma mi herramienta, cava, y hallarás con que apagar tu sed.

El otro hombre, entonces, le dijo:

—Cava, yo te ayudo.

Y se agachó a trabajar junto al sediento.

Y yo os digo — terminó Pacaric — que este segundo hombre es el verdaderamente bueno. Porque bondad no es sólo hacer el bien que se debe hacer, sino agregarle un poco más de lo que nuestro deber nos manda. La verdadera bondad se confunde con el sacrificio.

LA PRUEBA

EN tiempos del pacífico inca Sinchi Roca, floreció la sabiduría del amauta Korispa que enseñaba en la *yacha-huasi* principal.

Atraído por la fama del amauta Korispa, un forastero que venía en el acompañamiento de un curaca para asistir a las fiestas del *Intip Raymi*, presentóse a la *yacha-huasi* donde él enseñaba, rodeado de numerosos y principales discípulos. Solicitó ser uno de ellos.

—Está bien — respondió el amauta Korispa.
— Serás uno de mis discípulos, pero antes debes responder a una pregunta que voy a hacerte.

—Pregunta — dijo el forastero, temeroso de aparecer como demasiado ignorante en aquel concurso que a su alrededor se estrechaba y observábalo curiosamente.

—¿Crees tú — comenzó el amauta — que el *Inti* es poderoso?

—Creo — respondió con firmeza el forastero — El es padre del Inca y produce los días con su sola presencia y las noches con sólo ocultarse tras las aguas. Creo que él es todopoderoso.

—Si tal crees, respóndeme a ésto: Quien es todopoderoso, puede hacer su absoluta voluntad. ¿La hace el *Inti*?

—Sí, la hace.

Los discípulos se sonrieron burlonamente y el forastero que los oyó, turbóse.

—Habrás observado entonces — prosiguió el amauta sin reparar, al parecer, en las sonrisas burlonas de sus discípulos — que el sol produce los días y las noches regularmente, como si obedeciera a una orden de alguien. ¿No te parece que si fuera todopoderoso, su poder sería suficiente para hacer a su antojo y capricho de la noche día y del día noche?

El forastero quedó turbado.

—¡Responde! — ordenó el amauta.

—No sé qué responder — confesó el otro.

Los alumnos rompieron a reír estrepitosamente, burlándose del forastero. Este los contemplaba co-

lérico y avergonzado. Al fin callaron un poco y pudo hablar:

—Amauta — dijo a Korispa. — Mucho has de saber tú; pero mal maestro has de ser cuando no has sabido enseñar a tus alumnos que también la ignorancia es respetable, porque la ignorancia es una desgracia y no una culpa. ¡Guárdate tu saber! ¡Adiós!

Y ya le daba la espalda para volverse, cuando el amauta lo detuvo.

—¡Quédate! Has vencido en la prueba. Esta es, en rigor, la prueba a que someto a todo el que quiera entrar en esta *yacha-huasi*. Es la prueba de la burla. Porque todo el que quiera llegar a la sabiduría, debe estar preparado a saber soportar la burla. Tú has sabido responder a ella con ingenio. Te tomo de discípulo. ¡Siéntate!

Este forastero se llamaba Tutapuyo. Llegó a ser un haravec famoso en la corte del inca Sinchi Roca. Alguna vez he de haceros oír algunos de sus himnos.

ENFERMEDAD

UN curaca se sintió enfermo y fué a ver a Quillitay, *camasca* famoso (1).

Este le preguntó:

—¿Os habéis purgado y sangrado?

—Muchas veces — respondió el curaca. — Antes de venir, he visto otros nueve médicos. Todos me han purgado y sangrado; pero inútilmente. Mi mal no mejora.

(1) *Camasca*: médico. Los médicos, entre los incas, eran herbolarios, ya que es sorprendente la riqueza de hierbas curativas que conocieron. De padres a hijos, se pasaban los conocimientos curativos, y los empleaban para curar los reyes, príncipes, curacas y sus parientes. Los hombres del pueblo se curaban los unos a los otros, mediante los conocimientos adquiridos por experiencia ancestral. A más del empleo de hierbas, lo más usado por los médicos eran las purgas y las sangrías, hechas con una lanceta de pedernal, generalmente en el entrecejo.

—¿Y qué sentís? — preguntó el médico —
¿Qué os duele?

—Nada me duele, pero siento como si a mi alrededor se fuese haciendo la soledad. Aun estando rodeado de mis amigos y parientes, me siento solo.

Quillitay, el médico famoso, calló largo rato. Después de meditar, preguntóle:

—¿Qué más sentís?

—Siento que ya no anhele la fama, como la anhelaba antes. No la miro ya ni como una justicia que se pudiera hacer a mis méritos y virtudes. También no reconozco diferencia en mi afecto por mis padres, hermanos y parientes y los demás hombres. Y soy muy desgraciado, porque no temo a la muerte y, no temiendo a la muerte, no gozo los encantos que la vida pueda ofrecerme. . .

Calló el curaca enfermo y Quillitay, el médico famoso, volvió a hundirse en una meditación más larga y profunda que la de antes.

Preguntó el curaca:

—¿Qué me mandáis para mi mal?

—Nada — respondió el médico.

—¿Por qué?

—Porque vuestro mal es incurable. Estáis enfermo de perfección.

PACHACUTEC

EL inca Pachacutec amaba la sabiduría.

“La música no es más que una forma de la sabiduría”. Así se expresó el Inca sobre la música. Y este hecho demuestra el aprecio que de ella tenía.

Un jefe enemigo huía derrotado. De pronto escuchó el sonido de una *quena*; y tanto impresionó al bárbaro su melodioso lamento, desconocido para él, que se detuvo a escucharle. Oculto entre unas zarzas permaneció oyéndole; y fué así sorprendido y preso.

Llevado ante el inca Pachacutec, supo éste el motivo que lo detuviera, sacándolo de su triste realidad de perseguido, hasta hacérsela olvidar por completo. Dijo al jefe bárbaro:

—¡Quedas libre! — Y lo colmó de presentes.

Después, volviéndose a sus asombrados guerreros, les explicó:

—Quiero ser amigo de un hombre así, porque ese hombre, aun cuando haya tomado las armas contra mí, no es mi enemigo. Nunca el agua es enemiga del agua. Ese hombre que se extasió ante el sonido de una *quena*, a pesar de ser un bárbaro, siente la sabiduría: es un amigo.

LOS HERMANOS

EL anciano Unaymanta se quejaba:

—¡Desgraciado de mí! Yo no tengo hermanos a quienes amar ni que me amen.

—¡Desgraciado de ti, verdaderamente! — díjole Pacaric —. ¡Desgraciado de ti que, a tu edad, no has podido hacer para tu espíritu el hermano que el destino le negara a tu carne!

LA INMORTALIDAD

EL inca Lloque Yupanqui, poderoso conquistador, llegó con sus huestes a una ciudad en ruinas.

Todo lo habían destruído los manes de la guerra y las injusticias del tiempo: pórticos derrumbados, piedras caídas, ricos metales cubiertos de orín, altas hierbas y espeso musgo cubriendo lo que fué erguido muro ornamentado, ahora en tierra.

A esto quedaba reducida la pomposa ciudad, cuna de remota civilización, que las huestes de Lloque Yupanqui hollaban.

En medio de una calle, erguida e inútil, encontraron la estatua de un hombre. De hombre de letras debía ser por los símbolos que la ornamentaban. En el plinto, aun se leía un jeroglífico: Ruray.

Un erudito *quipocamayo* de la corte, fué lla-

mado ante Lloque Yupānqui, el que lo interrogó:

—¿Sabes quién fué Ruray?

—Sé, mi Señor — respondió el erudito *quipocamayo*. — Ruray fué un gramático célebre. El idioma que hablaron los hombres del imperio Takuki, cuya capital en ruinas hoy hollamos, le debe la mayor parte de sus reglas. La fama de Ruray cruza las tradiciones...

—¿Y queda algo de la obra de Ruray?

—Mi Señor: Nada queda del idioma que hablaron los hombres del imperio Takuki. Todo ha sido borrado. Sólo el recuerdo queda... El recuerdo y un verso de cuyo autor, Sagry, solamente el nombre se ha perpetuado...

Y ordenó el poderoso Lloque Yupanqui:

—¡Quítese a ese monumento el nombre de Ruray y póngase el de Sagry!

LO IMPOSIBLE

ALGUIEN, delante de Pacaric, narró los triunfos de Capac Yupanqui, hermano y general del inca Pachacutec.

—Acaba de conquistar a los huancas — dijo, — guerreros tan feroces y valientes que con el pellejo de sus enemigos hacen tambores. Capac Yupanqui los ha sometido a la obediencia del Imperio.

Respondió Pacaric:

—¡Feliz de él y desdichado de mí!

En adelante, siempre que alguno comentaba en presencia de él las victorias de Capac Yupanqui, Pacaric, invariablemente, respondía lo mismo.

—Capac Yupanqui, por hambre y sed, ha sometido a los de Piscopampa y Cunchucu.

—¡Feliz de él y desdichado de mí!

Alguno de sus discípulos, después de comuni-

carle la victoria del general sobre los de Caxamarca y la conquista de Yauyu, sólo por la persuasión, le oyó decir, como siempre:

—¡Feliz de él y desdichado de mí!

Sintió que la curiosidad lo hostigaba. Preguntóle:

—Maestro: ¿Por qué cuando se te anuncia una victoria o nuevas hazañas de Capac Yupanqui, dices: “¡Feliz de él y desdichado de mí!”

Respondióle el amauta:

—Digo ¡feliz de él!, porque está empeñado en el logro de una empresa posible, cual es la de someter a todos los pueblos bárbaros que halle en su camino. Feliz de él que ha emprendido una conquista que puede realizar. Y digo ¡desdichado de mí!, porque yo he emprendido una empresa imposible y la continúo a pesar de que sé, cabalmente, su imposibilidad. Yo he emprendido la conquista de mí mismo, hazaña irrealizable. Yo lucho por llegar a la perfección absoluta, hecho que no lograré jamás. ¿No es digno de lástima un guerrero como yo, que ha emprendido una empresa cuya victoria final sabe ya que es imposible?

—Pero también obtienes victorias en tu guerra

por conquistar la perfección — arguyó el discípulo.

—Ciertamente — respondió Pacaric —; pero como estoy seguro de la imposibilidad del triunfo definitivo, esas victorias no me causan júbilo. Si Capac Yupanquí supiese que logrando nuevas conquistas se acerca al territorio de un gran imperio, imposible de vencer, sus conquistas parciales no le producirían el regocijo y la satisfacción que ahora producen al feliz general. El hombre es feliz venciendo; pero es feliz, no tanto por lo que acaba de realizar como por la esperanza que el triunfo reciente abre a su ambición. El hombre es feliz en la juventud, porque no alcanza a medir su posibilidad. Alentar propósitos y no ver horizontes, esto es ser feliz. Pero alentar un propósito imposible como el mío, querer conquistar la perfección, conquista más irrealizable que la de todos los imperios terrestres, es luchar teniendo la seguridad de la derrota. No hay mayor desventurado que este guerrero de lo imposible.

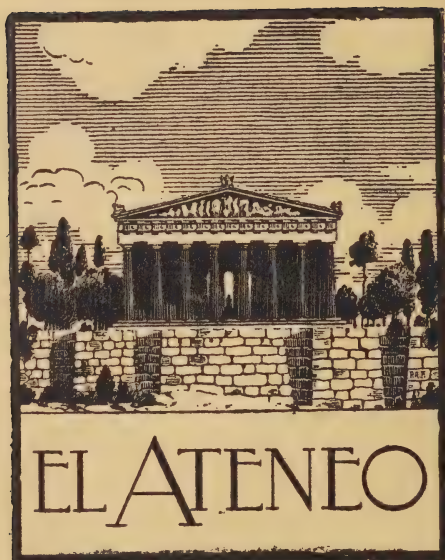
INDICE

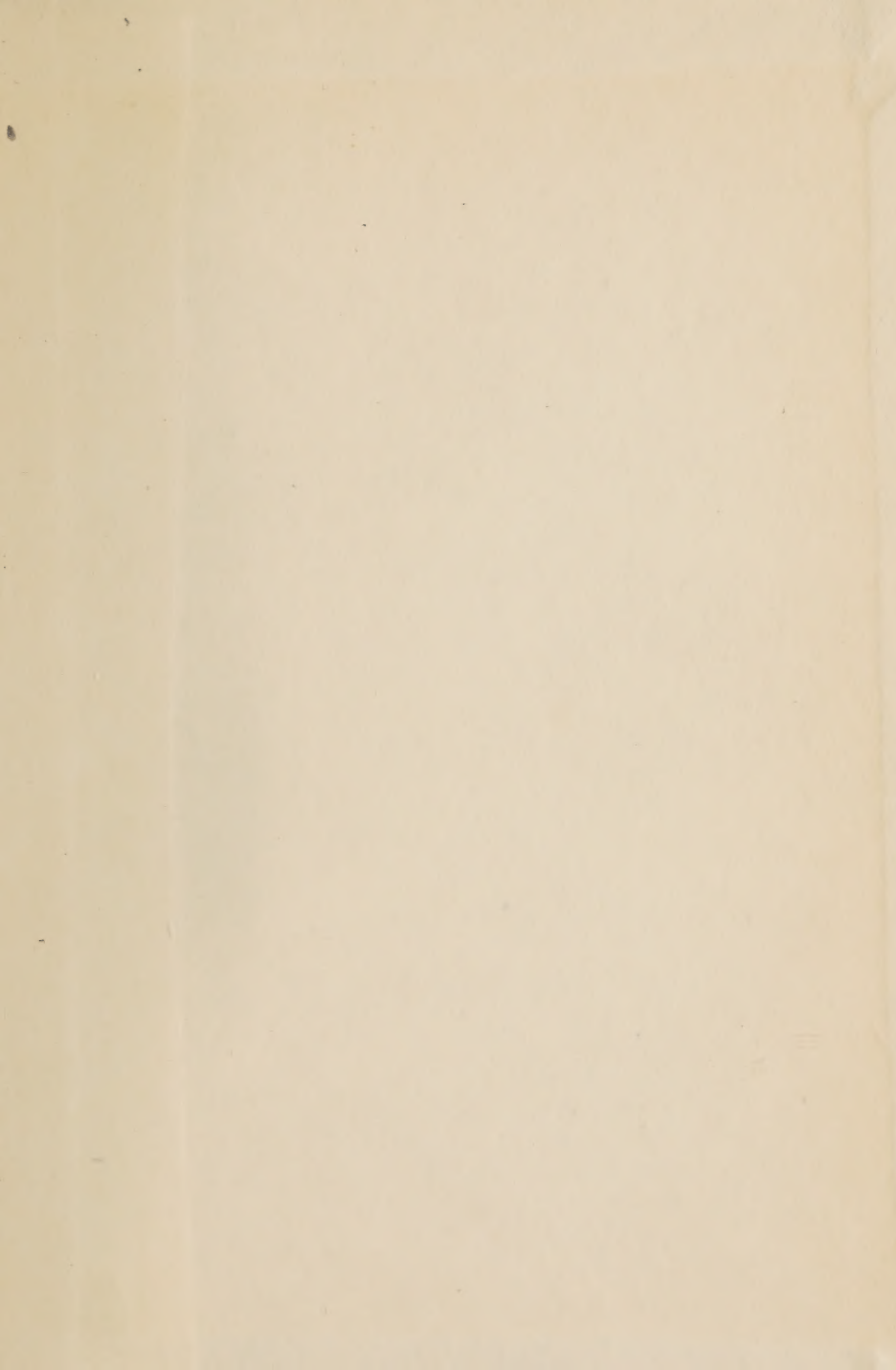
	<u>Página</u>
<i>Pacari</i>	7
Enseñanzas	11
El <i>huaco</i> rojo	13
El sacrificio	21
La soberbia	23
La desgracia	29
El maravilloso talismán	33
Quispe	37
La venganza	39
Los <i>pachampies</i>	43
La verdadera muerte	45
Sociedad	49
La intemperancia	51
La armonía	55
El más fuerte	57
La verdad	61
Los enemigos	63
La posesión	67
Ástucias	71
El <i>huaylla-huaman</i> y la <i>chincatari</i>	73
El <i>mamey</i> y el <i>gachuy</i>	75
La respuesta de una <i>Mama Sipa</i>	79
La <i>achucalla</i>	83

	<u>Página</u>
El juez Quiriko	87
El <i>acallu</i>	89
El solitario y las <i>pacas</i>	91
El guerrero herido	93
Quinico y su acusador	97
Los <i>uritus</i> y los <i>chiquis</i>	101
Las dos cosas más difíciles	103
La admiración	105
La vasija tosca	107
Mahariz	109
El mayor heroísmo	111
Servidor con hambre... ..	113
La herencia	115
Una respuesta de Rupai	117
La ira	119
La <i>ahuara</i>	121
El valor	123
La naturaleza	125
La respuesta de Mayta Capac	127
El anciano alegre	129
La <i>paca</i> y el <i>alcamari</i>	131
La fe	133
Los dos caminos	135
Vocación	139
La belleza	143
El poder del espíritu	145
Güichuspa	149
<i>Uruncoyes</i> y <i>guancoyros</i>	151
La <i>guanaya</i>	153
El bien del malo	157
Tratado de paz	159
Amistad peligrosa	161
La felicidad	163

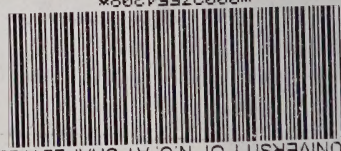
	<u>Página</u>
La otra fuerza	169
La sabiduría	171
El <i>tunquitunqui</i>	175
La bondad	179
La prueba	181
Enfermedad	185
Pachacutec	187
Los hermanos	189
La inmortalidad	191
Lo imposible	193

ESTE LIBRO
ACABÓSE DE IMPRIMIR
EN BUENOS AIRES,
EN LA IMPRENTA MERCATALI,
EL DÍA 24 DE MAYO DE 1929.





UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL



00023554208